

**LA (IN)JUSTICIA SOCIAL EN *EL MUDO: SECRETOS DE BOGOTÁ*  
(1848), NOVELA DE ELADIO VERGARA Y VERGARA**

MAESTRÍA EN LITERATURA

Asesora

Flor María Rodríguez-Arenas

Autor

Efraín José Londoño Tamayo.

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA  
MEDELLÍN

2016



**DEDICATORIA**

A Dios y a mis padres

INTRODUCCIÓN .....	5
1. CONCEPTOS TEÓRICOS.....	10
1.1 El personaje como categoría de análisis.....	14
1.2 La interpretación de la cultura.....	18
1.3 El poder: imponer y padecer .....	22
1.4 La incipiente clase social media.....	26
2. PANORAMA HISTÓRICO .....	30
2.1 Los Conjurados del 25 de septiembre de 1828 .....	31
2.2 Situación social de Santafé de Bogotá .....	39
2.3 Cambios sociales desde 1830 hasta 1848.....	42
3. SIMÓN “EL MUDO” .....	49
3.1 Atributos y acciones de Simón.....	50
3.2 El poder bajo el influjo de la inteligencia .....	54
3.3 Rasgos Culturales.....	58
3.4 El ambiente para una nueva clase social .....	62
3.5 Una perspectiva social de mediados de siglo .....	66
4 EL MERCADER: DON DONATO .....	68
4.1 El mercader: atributos y rasgos característicos .....	69
4.2 El dinero como medio de poder .....	73
4.3 El castigo impuesto por el mercader a sus enemigos .....	76
4.4 Cultura: La influencia de Don Donato en la sociedad .....	81
4.5 La clase media.....	83
CONCLUSIONES .....	86
LISTA DE REFERENCIAS.....	94

## INTRODUCCIÓN

En el estudio de la literatura de la Nueva Granada, el escritor Eladio Vergara y Vergara (1821-1888) pasa desapercibido, aún son contados los estudios realizados sobre la obra de este abogado del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario (1842). No obstante, su hermano menor, José María Vergara y Vergara fue “el autor de la *Historia de la literatura en Nueva Granada: desde la conquista hasta la independencia, 1538-1820* (1867), junto con algunas novelas, dramas, escritos costumbristas, artículos polémicos y poesías” (Rodríguez-Arenas, 2011: 179).

En el estudio que realizó Julio C. Vergara, miembro de la Academia Colombiana de Historia, sobre la familia Vergara aparecen referencias biográficas de Eladio Vergara y Vergara. En la obra que se titula: *Don Antonio Vergara Azcárate y sus descendientes*, le dedica un capítulo exclusivo, en donde comenta los acontecimientos más importantes sobre su vida y su actividad política, además de exponer algunos de los rasgos destacados dentro de su obra narrativa y dramática.

En su primera novela, *Matilde* (1846), Eladio Vergara y Vergara demostró a través de su narrativa, un profundo conocimiento de las pasiones en el ser humano, sobre todo, cuando sus personajes se enfrentan a la muerte a través de amores desgraciados (J.C. Vergara, 1952: 128). En ese mismo año, “había sido nombrado en propiedad oficial de la de secretaría de Relaciones Exteriores y Mejoras, sin embargo al año siguiente renunció para trasladarse a Medellín, donde redactó *El Bobo* periódico satírico en oposición al Gobierno conservador del general Mosquera” (J. C. Vergara, 1952: 129).

Su novela más extensa y mejor estructurada fue *El Mudo: secretos de Bogotá* que aparece en 1848. Con un estilo destacado se recrea la sociedad de Santafé de Bogotá, durante el periodo de la dictadura de Bolívar. Los mercaderes aparecen como la clase dominante y sus actuaciones desencadenan repercusiones en el entorno político y social dentro de la narración. La composición narrativa de esta obra consta de 112 capítulos, divididos en tres partes y un epílogo. La realidad social representada consolida una postura crítica ante una crisis judicial, haciendo énfasis en las tensiones económicas y culturales que se presentaron en la capital de la Nueva Granada.

En este trabajo de investigación se presenta un análisis de *El Mudo: secretos de Bogotá*, una obra neogranadina, a partir de tres conceptos fundamentales: el poder, la cultura y la clase social. Los personajes construidos en la narración poseen las características necesarias para interpretar sus acciones, como transformaciones en sus rasgos de comportamiento, a la luz de la teoría literaria contemporánea para mostrar una relación entre la justicia y la injusticia en el entorno social de la obra.

Con este objetivo, en el primer capítulo de la investigación, se expone la teoría sobre los personajes literarios; la conceptualización sobre el poder, de la cultura y de las clases sociales. En ese orden, la teoría es un elemento fundamental para realizar el análisis.

En el segundo capítulo se comentan los acontecimientos históricos más importantes dentro de la realidad social de la Nueva Granada, y se establece la relación entre la historia y la teoría, con el ánimo de relacionar las ideas a través de un panorama histórico específico que aparece en la obra.

En el tercer capítulo se analizan los personajes centrales de la obra. Don Donato y Simón, por medio de la teoría descrita anteriormente para encontrar las evidencias dentro la obra. En el

cuarto capítulo se analizan los elementos sociales que intervienen en el universo de relaciones culturales que pueden identificarse en la obra. Desde esa perspectiva los conceptos teóricos cohesionan el análisis de la obra en conjunto.

Por último se exponen los hallazgos de la investigación. En las conclusiones se procede a una síntesis de la investigación y sus repercusiones a luz de la teoría, aclarando que este análisis aporta elementos para continuar estudiando metodológicamente obras literarias del siglo XIX que aún están por descubrirse en el ámbito académico.

Con el ánimo de profundizar en el estudio de la literatura neogranadina de mediados de siglo XIX, esta investigación se concentra en un detenido análisis sobre Simón, conocido en la obra como “El Mudo” y sobre su amo, Don Donato. El enfrentamiento entre estos dos personajes esclarece las líneas de pensamiento que entraron en conflicto en la sociedad que representó Eladio Vergara y Vergara.

Precisamente, dentro del periodo de la dictadura del general Bolívar, época histórica referenciada en la obra, se subraya un acontecimiento sobre el que vale la pena profundizar en el análisis. En la noche del 25 de septiembre de 1828, un grupo de conjurados intentó transformar el orden político en la capital, Santafé de Bogotá. Ante este hecho, las repercusiones sociales para reprimir y controlar la revuelta impregnaron el ambiente de recelo y de sospecha. En ese sentido, la Conspiración septembrina aporta elementos significativos para este estudio.

Además de esta novela de 1848, Eladio Vergara publicó una obra de teatro *El Misionero* en 1851, “drama en tres actos y en verso, en la que figura un jesuita que comete acciones reprobables” (J.C Vergara, 1952: 130). Asimismo, en 1853 apareció *El Boga en Chagres*, otra novela más dentro de su producción literaria (J.C Vergara, 1952:130). En su destacada participación política, durante el transcurso de su vida pública, este autor neogranadino también

se consolidó como “redactor de periódicos políticos como *El baile*, *La Cartera* y *La Tribuna* imbuido en ideas liberales” (J. C. Vergara, 1952:130).

Dentro de los cargos públicos en que se desempeñó Eladio Vergara y Vergara surge su nombramiento como ayudante secretario y bibliotecario del Colegio Militar por el presidente José Hilario López, cargo al que renunció en marzo de 1853. “La junta de catedráticos del Colegio Militar lo había designado, el 2 de enero de 1852, miembro de la “Junta de Inspección y gobierno”; en marzo de ese año fue elegido por el cabildo juez parroquial por el distrito de Bogotá, y en ese mismo año era diputado del cantón de Bogotá por la Cámara provincial” (J.C. Vergara, 1952:131).

En el año en el que se publica la obra, 1848, el país tenía una situación social, política, económica y cultural bastante particular; dentro de la cual, es fundamental para la investigación, ubicar históricamente algunos elementos. En la Nueva Granada existió un afán político para encontrar propuestas de orden económico y educativo, en medio de una tensión social en donde se promulgaron los ideales liberales. Las ideas de modernización y desarrollo aparecieron constantemente en la sociedad. Por tanto, las clases sociales económicamente productivas se convirtieron en un fenómeno cultural. Además, Eladio Vergara y Vergara “atacó rudamente a los jesuitas, contribuyendo con sus escritos a la expulsión de la Compañía de Jesús” (J.C. Vergara, 1952:130). En ese año, según el decreto ordenado por el gobierno de turno, se pretendieron transformar las ideas educativas establecidas y se buscaron nuevas formas con un horizonte reformador y promisorio, para intensificar cambios sociales de modernización y de desarrollo.

Al final del recorrido político de Eladio Vergara y Vergara intentó recoger algunas de sus obras para destruirlas en cuanto pudiera. Esto debido, en parte, a sus cuantiosas críticas a diversas instituciones sociales. Sin embargo, hoy sus obras son curiosidades bibliográficas que



permiten el estudio del pensamiento intelectual de este hombre político, de corte liberal y con un profundo sentido social.

En su obra narrativa defendió los ideales del hombre exaltando la libertad, la igualdad y las prácticas religiosas ajenas al fanatismo. En su búsqueda intelectual protegió el derecho de la educación, reafirmó el cambio social por medio de la cultura y, a través de la literatura, expresó su inconformidad con las corrientes jerárquicas establecidas en la sociedad.

Eladio Vergara murió el 19 de abril de 1888. “De genio apacible y festivo, aunque no lo revelaba su semblante adusto, tenía don Eladio frente muy ancha, ojos vivos y claros, nariz gruesa y bien formada, boca pequeña, bigote y barba poblados. Fue varón recto y justo, bondadoso y afable, muy querido por la población bogotana” (J. C. Vergara, 1952:150).

Con el estudio de esta obra literaria producida en la Nueva Granada se pretende interpretar la crítica social y literaria que realizó uno de los autores liberales de la época. A través de las teorías contemporáneas se encontrarán aportes significativos para las discusiones académicas que introducirán al lector en un planteamiento social dentro de la obra más significativa de este autor neogranadino del siglo XIX.

Además, el análisis de este tipo de literatura continúa vigente porque estas obras narrativas contienen los ideales fundamentales para elaborar una interpretación de las transformaciones sociales que impregnaron la sociedad de mediados de ese siglo, y permite profundizar en aquellos elementos que hicieron parte de la mentalidad de vanguardia, libre pensamiento y modernización en los estudios sociales y culturales sobre esa época.

## 1. CONCEPTOS TEÓRICOS

Antes de comenzar con la exposición de la teoría, es importante hacer una breve síntesis del argumento para exponer los principales acontecimientos de las tres partes de la novela *El Mudo: secretos de Bogotá*. A lo largo de la narración, los personajes centrales padecen una serie de alteraciones y transformaciones producto del enfrentamiento por el poder entre Simón, “El Mudo”, y Don Donato, el mercader; ellos polarizan el ambiente de la sociedad en la representación. En el intento por ejercer autoridad a través de la justicia y la injusticia, pretendieron el control económico y social dentro de la ciudad, en medio de una coyuntura social específica. La disputa entre estos dos personajes es el eje central en la obra que escribió Eladio Vergara y Vergara.

*El Mudo: Secretos de Bogotá* (1848) es una novela que acontece en Santafé de Bogotá. La primera parte comienza después de un terremoto en 1827. En el transcurso de ese año, algunos sismos azotaron la capital produciendo daños en las estructuras y en las edificaciones. En esa época, Simón, un hombre inteligente, que había recibido su formación en España, regresó a su patria, la Nueva Granada, buscando encontrar de nuevo a su familia. Al principio nadie lo reconoció, no sólo porque había partido para Europa hacía muchos años, sino porque, además, había regresado convertido en un “Mudo”. Este hombre al llegar a la ciudad comenzó a trabajar como servidor de un mercader, de Don Donato.

La relación entre Simón y Donato está determinada por la mentira, la apariencias, el engaño y la crueldad de un mercader fanático, partidario de la monarquía, que nunca se cansó de ejercer un poder desmedido, de una manera ególatra.

Este mercader, Don Donato, era el dueño de un negocio de telas en la calle de El Comercio. Sus víctimas eran comerciantes, artesanos, algunas mujeres e incluso varios de sus familiares; los engañaba ofreciéndoles préstamos de dinero y falsificaba los recibos de la deuda. Con sus maldades consiguió manipular a sus cómplices con promesas inventadas e inescrupulosos secretos. Además, falsificó las escrituras de algunas propiedades que intentó robarse.

Una de sus cómplices fue su amiga Doña Teresa, una mujer que siempre conoció perfectamente cuáles eran las nefastas intenciones del mercader. Esta señora planeó el matrimonio de su ahijada Rosa con un joven distinguido de la sociedad: Huberto, quien antes, se había comprometido con Solina, sobrina de Simón. Ante ese panorama, Don Donato se confabuló con Teresa para asesinar a Huberto, porque se había negado a casarse con Rosa.

Por otra parte, Don Benito y Don Proto, también mercaderes, se reunían con Don Donato para jugar cartas en casa de Doña Teresa mientras aprovechaban para discutir sobre la realidad política de Santafé de Bogotá. En Donato siempre prevalecieron su arbitrariedad y su autoridad a través del dinero, por medio de sus habilidades en el comercio. De este modo, impuso su poder sobre los demás miembros de la sociedad. Al mismo tiempo, en las discusiones sobre la política defendió su perspectiva y demostró ser partidario de las ideas establecidas.

Así la novela narra las injusticias que cometió Donato para imponer su hegemonía económica de doble moral ante la sociedad. Entre estas, los planes de arruinarle la vida a Alejandro, su sobrino, porque había recuperado el dinero que le debía; este hecho desató la venganza del mercader en su contra y desencadenó después la locura de Marta, la mujer de Alejandro.

En sus propósitos estuvo igualmente acabar con Huberto, porque ese joven había interpuesto una denuncia por una antigua deuda entre ellos. Donato al recibir el fallo del tribunal en su contra, manipuló a dos de sus cómplices para realizar el asesinato. La sed de venganza aumentó la actitud rencorosa y cruel del mercader; no obstante, sus planes siempre terminaron frustrándose; como sucedió en el caso de Huberto, cuando, Simón, El “Mudo”, sin que nadie se diera cuenta, salió en su defensa en dos oportunidades diferentes para impedir su asesinato.

En la segunda parte, el mercader continuó sometiendo a su voluntad a diferentes personajes de la narración. Entre ellos, algunas mujeres sobre quienes ejerció el peso de un castigo injusto. Por ejemplo, Marta después de ser falsamente acusada por sospechas de infidelidad estuvo en la cárcel, *El Divorcio*, encerrada por varios días. Al salir del penal, enloqueció y asesinó a su propio hijo. El mercader no sabía que ella era su hija.

Por otra parte, Donato aceptó participar en una rebelión, sabiendo que era un engaño, porque su interés aparentaba ser de corte político, pero también tenía un afán desmedido por las riquezas, era un avaro. Por ende, decidió participar en la revuelta bajo la promesa de ser el administrador de las finanzas de los revolucionarios. Por supuesto, esos planes también fueron un absoluto fracaso.

En la última parte de la obra, “El Mudo” descubrió ante la sociedad su verdadera identidad. Este hombre había regresado buscando a su familia; Doña María era su hermana; Magdalena y Solina, sus sobrinas. Por tanto, cuando Simón se enteró del peligro que corría Huberto le escribió a Morón, su amigo y anterior esclavo, para que rescatara al joven, a quién se le había condenado por haber participado en la Conspiración así recibió una pena de seis años de presidio en las Bóvedas de Bocachica. Cuando Morón logró rescatar al joven, Simón planeó la mejor forma de esclarecer la verdad frente al mercader. En sus planes estaban todas las pruebas

que desmintieron los engaños y falsedades del mercader, devolviendo a las víctimas hasta el último centavo del dinero que habían perdido.

En la tercera parte, dentro de la habitación principal de la casa del mercader, Huberto lo encerró y le aclaró las mentiras e injusticias, dejando en claro que había ejecutado el plan de Simón. Huberto también le notificó al mercader la muerte de Marciana, una prostituta que era la querida del avaro, quien había muerto ahorcada por su legítimo esposo. Cuando el mercader se enteró de que todas sus maquinaciones se habían descubierto, no aguantó la presión, y sufrió un infarto letal.

Ante el desenfreno del poder, no sólo Donato recibió su castigo, todos sus cómplices también terminaron pagando por sus delitos. En ese sentido, Marciana, la prostituta amada del mercader, murió asesinada; Jeroncio, el zapatero, quien había intentado asesinar a Huberto, sucumbió también asesinado por los garrotazos de Lucas. Mientras que, a Doña Teresa la condenaron a pagar sus crímenes encerrada de por vida en el convento de Santa Clara.

Al final de la novela se esclarecen todas las historias. Los personajes en sus acciones se enfrentaron a distintas transformaciones. La disputa por el poder confrontó la autoridad injusta y falsa del mercader contra la inteligencia, el honor y la astucia de Simón. En esa confrontación se hacen evidentes las miserias humanas; se expone con crudeza la realidad social con el ánimo de expresar una crítica ante las desigualdades humanas y la huella de un pasado en donde la cultura social parece haber perdido la memoria.

Esta representación aporta elementos para el análisis de la literatura que se escribió en la Nueva Granada, en el año 1848. Además, a través de la interpretación de las relaciones de poder y de clase social se profundiza en las transformaciones de las costumbres culturales, determinando una postura intelectual para el estudio de esta obra.

Sobre esta novela, *El Mudo: Secretos de Bogotá* (1848), hay tres artículos publicados: *La novela folletinesca en los albores de la ficción colombiana en el siglo XIX: El mudo de Eladio Vergara y Vergara 1848* de Flor María Rodríguez-Arenas, *La utopía de la nación ilustrada en la novela El mudo. Secretos de Bogotá, por un bogotano (1848) de Eladio Vergara y Vergara* de Paula Marín Colorado y una alusión en el libro de Álvaro Pineda Botero: *La fábula y el desastre: estudios críticos sobre la novela colombiana, 1650-1931*.

Ahora, para los lineamientos teóricos centrales, dentro de este trabajo de investigación, es importante definir aspectos de la conceptualización sobre el personaje narrativo, que han desarrollado algunos teóricos literarios; los cuales ayudan a interpretar rasgos esenciales de la novela de Vergara.

### **1.1 El personaje como categoría de análisis**

Los estudios de tres teóricos: Seymour Chatman, Phillipe Hamon y María del Carmen Bobes Naves, ofrecen interpretaciones de rasgos internos de los personajes, de definiciones de los atributos que los caracteriza y de las evoluciones que sobrellevan a lo largo de la narración. Estos rasgos profundizan en los elementos del significado y en el sentido que pueden recaer sobre las acciones dentro de la obra literaria. Según estos académicos, el concepto puede analizarse desde dos dimensiones: los atributos característicos y las acciones ejecutadas a lo largo de la obra.

Desde esa perspectiva, los personajes de la novela adquieren una representación que se relaciona con los demás elementos de la novela y sus acciones permiten un análisis interpretativo de la sociedad que configura el relato. Por medio de la evolución de los personajes en la obra se

puede establecer cuáles son los rasgos característicos que prevalecen en sus transformaciones en relación con los acontecimientos que desencadenan.

El análisis del personaje narrativo, desde estas perspectivas teóricas, exalta las posibles dimensiones de la transformación tanto en el interior como en el exterior. En ese sentido, de su interioridad se puede pensar en cómo resulta su forma de actuar dentro del universo de la obra, lo cual puede aportar elementos significativos. Por tanto, son indispensables en la transformación, los atributos y las acciones que realizan los personajes a lo largo de la novela. Sólo hasta el final de la obra se pueden establecer estas transformaciones que no necesariamente están relacionadas con la cronología de los hechos en la narración (Chatman, 1978:126).

En ese aspecto, también son importantes los rasgos físicos e intelectuales que poseen los personajes mencionados en la obra. En este caso concreto, Don Donato y Simón, “El Mudo”, establecen un desafío personal y social para imponer su autoridad y, desde la exigencia de su dominio, desencadenan una influencia social en las relaciones culturales de clase y de poder en la sociedad representada.

En la teoría que desarrolla Seymour Chatman (1978) en su obra *Story and Discourse: Structure narrative in fiction*, el personaje literario se representa como un nombre vacío que recorre el relato y, posteriormente, va adquiriendo unos atributos a lo largo de los acontecimientos. Esos atributos son denominados bajo el concepto de “paradigma de los rasgos” (*traits*) o adjetivos narrativos que permiten su caracterización. Para este teórico, el nombre propio funciona como factor de cohesión de los rasgos distintivos. El personaje adquiere una unidad en las referencias que se hagan de él en el relato, situándolo como sujeto de acciones y de atribuciones. Por tanto, es un signo complejo que representa dos facetas: la paradigmática (atributos diferenciadores) y la sintagmática (la cadena de acontecimientos), la primera se refiere

al aspecto físico y los rasgos psicológicos; la segunda nace entre signos de diferente clase que coinciden en la definición.

Además para Chatman, el personaje aumenta sus atributos o disminuye su capacidad dentro de la narración, pero no necesariamente el cambio o la transformación tiene una secuencia cronológica. Estos atributos aparecen en la medida en que se relacionan con otros y sus acciones acontecen dentro de la obra, lo cual permite hacer una interpretación sobre la conducta de los personajes a través del cambio establecido por medio de las interacciones.

Por su parte, Phillippe Hamon condensa en un estudio de 1977 que el nombre del personaje funciona como significante en el que el adjetivo y el verbo agregan un significado. Si al comienzo de la novela el nombre se presenta como un significante vacío, a medida que avanza la acción y se establecen las relaciones, se va cargando de significado. De esta manera, los adjetivos narrativos se convierten en signos de identidad, permitiendo que existan oposiciones y justifican el cometido que se establece con los demás elementos de la obra.

Se define al personaje, desde el punto de vista semiológico, como un morfema de doble articulación, migratorio, manifestado por un significante discontinuo (constituido por un determinado número de marcas) que remiten a un significado discontinuo (el "sentido" o el "valor" de un personaje): será definido, por tanto, por un haz de relaciones de semejanza, de oposición, de jerarquía y de ordenación (su distribución), relaciones que contrae en el plano del significante y del significado, sucesiva y/o simultáneamente, con los otros personajes y elementos de la obra, ya sea en un contexto próximo (con los otros personajes de la misma novela, de la misma obra) o en contexto lejano (*in absentia*: con los personajes del mismo tipo) (Hamon, 1976: 124).



Precisamente las relaciones que se establecen dentro del relato permiten profundizar en el análisis del personaje por medio del sentido que tiene dentro de la obra. En esa medida, Donato y Simón son los personajes que, por medio de sus relaciones de jerarquía y poder, configuran el análisis de este trabajo de investigación. El lugar que ocupa cada personaje tiene una interpretación directa, que podría pensarse como un significado discontinuo. En las dos primeras partes de la obra, cuando Donato detenta todo el poder, Simón pasa desapercibido, sin embargo, al final el mercader queda relegado ante las acciones que efectúa el “Mudo”.

Otra perspectiva de este concepto literario es el que expone en su planteamiento Bobes Naves (1993), quien también hace referencia a los signos de descripción que los identifican. Esta caracterización los pone en relación directa o de oposición frente a otros personajes y, desde luego, también se relacionan con las acciones que llevan a cabo dentro de la narración.

En realidad el personaje tiene dos dimensiones, es un trasunto de una persona, pues tiene atributos humanos: habla, actúa, tiene sentimientos, inteligencia, se relaciona con otros seres humanos, etc., y es también, como creación novelesca, una unidad de referencias textuales en el discurso donde actúa como sujeto, en diversos roles, respecto a las funciones que constituyen los motivos y, por tanto, la materia (*compositio*) del relato, distribuidos en orden (*dispositio*), según el sentido que se pretenda conseguir en el relato (Naves, 1993: 149).

En síntesis, el personaje literario según estos elementos teóricos se construye en la narración con los atributos que aparecen, en determinados casos, en forma discontinua, y proceden de dos fuentes principales: a) los informes que el narrador aporta sobre el personaje; b) el mismo personaje que presentado con su nombre, generalmente vacío, va adquiriendo el contenido mediante sus acciones, sus palabras y sus relaciones.

Tanto las relaciones como el avance de los acontecimientos están, en cierta medida, determinados por el ambiente social que el autor ha elegido representar dentro de su texto. Así, en *El Mudo: Secretos de Bogotá* se establece una perspectiva crítica de las primeras décadas del siglo XIX, profundizando en las características sociales y culturales de la época. Por eso, continuando con la teoría para el análisis, se darán los lineamientos sobre el concepto de cultura.

## **1.2 La interpretación de la cultura**

El pensamiento social y humano de la antropología ha planteado conceptualmente diferentes definiciones teóricas sobre la influencia de la cultura en la conducta del hombre. De igual manera se han establecido distintas formas metodológicas para analizar el entorno social independientemente del lugar, del espacio, del ambiente y del tiempo. Incluso, las relaciones que existen entre el concepto de cultura y las acciones del hombre hacen parte de los análisis interpretativos. En este sentido, la teoría que propone Clifford Geertz en su obra *La interpretación de las culturas* analiza esta problemática y plantea una herramienta para hacer un estudio interpretativo de un grupo social en un contexto cultural específico.

En *El Mudo: Secretos de Bogotá* se representan algunos aspectos y situaciones que, efectivamente, sucedieron en Santafé de Bogotá. Sin embargo, más que los puntos de referencia históricos, este estudio es un análisis de las acciones que relacionan el poder y la clase dentro de una cultura descrita en la obra. Un mercader que negocia y siempre saca ventaja de sus clientes en su almacén imponiendo su poder; tiene unas ideas políticas pro monárquicas; sus acciones establecen un escenario social impregnado de injusticias que desencadenan una serie de actuaciones que podrían analizarse para interpretar el sentido de la crítica social de la obra.

En el planteamiento que hace Geertz sobre la Cultura hay un elemento en común: la influencia que tiene la cultura en el hombre y en su forma de actuar. Se presenta la cultura como un elemento de determinación en las acciones humanas.

El concepto de cultura, parte de la concepción del hombre que tiene Max Webber donde el hombre está inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido, considero que la cultura es esa urdimbre y que el análisis de la cultura ha de ser, por tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones. Lo que busco es la explicación, interpretando expresiones sociales que son enigmáticas en su superficie (2003: 20).

Según esta teoría sobre el concepto de interpretación para Geertz, el análisis de la cultura en busca de “las expresiones sociales que parecen enigmáticas en su superficie” se hace por medio de un planteamiento de relación entre los actos humanos. No se trata sólo de describir en la superficie sino de encontrar una razón de fondo que explique las acciones humanas en un contexto social determinado. Es una mirada interpretativa de relaciones y de conjeturas entre las manifestaciones humanas. En esa misma instancia, se aproxima a una interpretación que pueda dar una explicación de las expresiones sociales a la luz de una metodología que relacione, ejemplifique y establezca el análisis de un grupo social dentro de una cultura concreta.

A lo largo de la narración, los acontecimientos que representan el panorama social determinado están definidos por las características en el modo de actuar de los personajes centrales de la historia. Don Donato tiene en su siervo, Simón, tanto a un trabajador leal que realiza los mandados, cobra las deudas, asiste a las citas y lleva los recibos de los préstamos; como a un testigo de sus acciones, porque termina presenciando todas las arbitrariedades e injusticias que comete su amo.

Para Geertz existe una posibilidad metodológica para interpretar a un grupo social en su teoría sobre la interpretación cultural:

Desde cierto punto de vista, hacer una etnografía es establecer relaciones, seleccionar informantes, transcribir textos, establecer genealogías, trazar mapas del área, llevar un diario. Pero no son estas actividades, estas técnicas y procedimientos lo que definen la empresa. Lo que la define es cierto tipo de esfuerzo intelectual: una especulación elaborada en términos de emplear el concepto de Gilbert Ryle, “descripción densa” (2003: 20).

De esta manera, desde el punto de vista académico se trata metodológicamente de efectuar un estudio social de relaciones y de interpretar las acciones que puedan desencadenar un ejercicio intelectual de pensamiento estructurado:

Hacer etnografía es como tratar de leer (en el sentido de “interpretar” un texto) un manuscrito extranjero, borroso, plagado de elipsis, de incoherencias, de sospechosas enmiendas, y de comentarios tendenciosos y además escrito, no en las grafías convencionales de representación sonora, sino en ejemplos volátiles de conducta modelada (2003: 24).

Por tanto, según Geertz, la metodología de trabajo para una investigación de un grupo social en medio de una cultura establecida requiere de una descripción densa o etnográfica para identificar los rasgos y atributos de las acciones de cada individuo desempeña dentro de la sociedad.

En la novela *El Mudo: Secretos de Bogotá* existen momentos donde la realidad que se representa describe los rasgos esenciales de la cultura y de las acciones de los personajes inmersos en el relato. También se detallan las características de la interacción social entre los

mercaderes. Así como los negocios perjudiciales que padecen algunos personajes cuando hacen pactos con Don Donato, debido a las trampas que se elaboran entre las instituciones que deben impartir la justicia y a las pasiones amorosas del mercader; estos son elementos ayudan a realizar una interpretación social de este mundo novelístico.

Como elementos que hacen parte de la “descripción densa” están las relaciones, las jerarquías y los significados sociales de las acciones. En esta instancia, se presenta cómo las ideas deben permitir establecer cuál es el sentido de las relaciones en los actos humanos, cuál es la explicación de los hechos en la conducta humana, como se aclara en el siguiente párrafo:

Observar la corriente en lugares en que esto asume formas no habituales muestra no, como a menudo se ha pretendido, la arbitrariedad de la conducta humana, sino la medida en que su significación varía según el esquema de vida que la informa. Comprender la cultura de un pueblo supone captar su carácter normal sin reducir su particularidad. Dicha comprensión los hace accesibles, los coloca en el marco de sus propias trivialidades y disipa su opacidad (Geertz, 2003: 27).

Don Donato tiene una hegemonía social producida por el dinero, por su pasión hacia la riqueza. En cambio, Simón, está en una posición social de servidumbre, pero es testigo de la mentira y avaricia de su amo. En la obra hay un grupo social especial que son los mercaderes, cuyo distintivo especial es la posición social, producto del dinero que obtienen en su trabajo mientras que Simón trabaja como servidor, pero tiene un factor determinante: es el personaje más astuto e inteligente de la obra. Las actividades diarias de todos ellos, sus relaciones sociales y su personalidad son elementos de la descripción que aportan para una interpretación que permite entender la coyuntura social que se desencadena en la obra. De esta forma, la teoría de Clifford Geertz plantea que el concepto de cultura bajo una definición antropológica tiene un

método especulativo que permite configurar estructuras de significado en las relaciones humanas de un contexto social.

### **1.3 El poder: imponer y padecer**

Cuando se expone la interpretación de las relaciones de poder como un elemento para el análisis de esta investigación, se hace necesario y pertinente, encontrar una definición para el concepto de poder en las relaciones humanas. A finales del siglo XX, Michel Foucault, filósofo francés, realizó un estudio y expuso sus interpretaciones sobre las relaciones de poder. En *Defender la Sociedad: Curso en el College de France (1975-1976)* aparece una definición del concepto de poder:

El poder no se da, ni se intercambia, ni se retoma, sino que se ejerce y sólo existe en acto. Contamos, igualmente, con otra afirmación: la de que el poder no es, en primer término, mantenimiento y prórroga de las relaciones económicas, sino, primariamente, una relación de fuerza en sí mismo” (Foucault, 2000: 28).

Desde este punto de partida, la sociedad en cuanto a sus individuos posee unas relaciones de poder en diferentes líneas: ascendente, descendente, transversal, etc. Cada individuo tiene en sí mismo un poder que ejerce en el actuar, en las acciones concretas que se reflejan en la realidad. Para ello, el análisis del sentido y del valor de ese poder en un grupo humano determinado configura las relaciones de poder y a su vez hace parte de las acciones que se describen a la sociedad.

En la cotidianidad del mercader, sus confidentes Don Proto y Don Benito expresan en sus diálogos las posturas ideológicas frente a la realidad social, mientras juegan a las cartas. En la

Alameda, de la calle El Comercio en Santafé de Bogotá, estos negociantes discuten acerca del sistema de gobierno de la época; de si la república o la monarquía han contribuido a la situación de desigualdad con respecto a la libertad y al poder del momento. La capacidad de Don Donato para influir con su poder económico, en la forma de impartir justicia, hace de él un hombre que somete y controla. Su ejercicio en el manejo del dinero y de los negocios tiene una consecuencia irreversible: es un tirano que genera miedo y terror en la sociedad. Aspectos estos que hacen parte de las relaciones humanas de poder para el análisis.

Desde esta perspectiva social en la medida en que el poder se cede a un control estatal, se ejerce una forma de control, de intermediación vertical. En la representación que se hace en la obra se mencionan algunas costumbres de la vida social en Santafé de Bogotá, cuando Don Donato se sintió con autoridad por su posición para reprimir una pelea entre dos sujetos que en una tienda habían bebido aguardiente hasta casi perder el sentido. Las relaciones entre las clases sociales en el mundo novelístico están inmersas en las mentiras y en el poder alcanzado por engaños y falsificaciones; la honra de la mujer se atropella y el afán de riqueza invade, como un cáncer, la conciencia del mercader.

Como tema recurrente de las conversaciones está la cotidianidad de la vida en medio de la sociedad que padece el desenfreno del poder y la avaricia. Incluso, los interrogantes sobre el poder político del momento continúan apareciendo cuando se asume una postura de control y represión en la estratificación de la sociedad. Por tanto, el poder tiene dos formas de ejercerse, en la medida en que pueden encontrarse en la sociedad dos categorías de sujetos:

Esta forma de poder se ejerce sobre la vida cotidiana inmediata que clasifica a los individuos en categorías, los designa por su propia individualidad, los ata a su propia identidad, les impone una ley de verdad que deben reconocer y que los

otros deben reconocer en ellos. Es una forma de poder que transforma a los individuos en sujetos. Hay dos significados de la palabra sujeto: sometido a otro a través del control y la dependencia, y sujeto atado a su propia identidad por la conciencia o el conocimiento de sí mismo. Ambos significados sugieren una forma de poder que subyuga y somete (Foucault, 2000: 20).

Precisamente esa forma de control y dependencia será indispensable para interpretar las acciones de los personajes dentro del contexto determinado. En ese mismo sentido, el poder en la identidad y la conciencia en sí mismo que puede tener un sujeto también desencadenan una forma de ejercer el poder; por tanto, las manifestaciones sociales del poder tienen dos categorías del sujeto que subyugan y someten.

Don Donato posee grandes cantidades de dinero conseguido con engaños y negocios malintencionados. Además, tiene la idea de participar en la Conspiración de septiembre en contra de Bolívar en Santafé de Bogotá, sólo por la esperanza de convertirse en un cobrador más de impuestos, mientras ve cómo se apodera de ellos; su codicia es insaciable. Sin embargo, Simón lleno de confianza en sí mismo posee una identidad sólida que poco a poco va apareciendo dentro de la obra, obteniendo una posición social y un conocimiento de Don Donato que le permiten establecer una interpretación clara; que lo lleva a efectuar los hechos que marcan la actuación de este personaje: los dos sujetos de poder están representados y definidos en los dos personajes centrales de la novela.

Sin embargo, ambas formas de poder intentan sobreponerse o establecer un control adicional en las relaciones de significado y jerarquización. Incluso, más allá de las interacciones sociales, estas definiciones de poder permiten identificar una interpretación de aspectos descifrándolos a fondo como resultado de las relaciones entre el poder y la clase.



Para continuar con la conceptualización de la teoría del Foucault, es preciso hacer referencia a la obra *Vigilar y Castigar* donde se plantea el concepto de poder como elemento en el ejercicio arbitrario y desproporcionado de una acción cuando existe una utilidad económica que sobrepasa los límites de lo humano, como se puede analizar en la siguiente cita:

Un poder que aplicado a sus cuerpos, busca un doble resultado: el sometimiento político y la utilidad económica y social de aquellos sobre los que se ejerce. Un poder que primaria e inmediatamente no se expresa a través ni de lo coercitivo ni de lo ideológico. Este sometimiento no se obtiene por los únicos instrumentos ya sean de la violencia, ya de la ideología-, pueden muy bien ser directo, físico [...] a pesar de no ser violento [...] puede ser sutil (Foucault, 2009: 36).

Como anteriormente se mencionó, en las relaciones entre individuos de un grupo social no son sólo las abstracciones forzosas sino los detalles en las descripciones los que pueden llevar a establecer conjeturas sólidas sobre la interpretación en las relaciones de poder. El ejercicio de poder también puede ser coercitivo e ideológico con un sometimiento de otros a un mismo sujeto, que no sólo por su identidad, sino por el control social, se manifiesta en la capacidad de actuación de ciertos individuos en el contexto de la sociedad.

En la teoría de Foucault las relaciones de poder aparecen como una manifestación en la interacción entre individuos que mediante las descripciones que se hagan de los detalles de las acciones humanas, más allá de la superficialidad, permiten el análisis de las acciones generando una perspectiva social. En esa medida, las relaciones de poder, en la sociedad que se configuran en la obra, determinan las diferencias de poder que se oponen entre dos personajes. Incluso, a través de descripciones dentro del relato, en medio de un sistema político con dificultades, en el ambiente de una sociedad injusta, arbitraria, invadida de mentiras. El gobierno de turno aún se

percibe lejano, fuera de sitio, inalcanzable, mientras que en la cotidianidad de la sociedad persiste el hambre, la pobreza y la avaricia como germen de una realidad que no se había narrado de esta manera.

No obstante, el ejercicio de poder como relación de la fuerza de sí mismo, que cada individuo puede desencadenar, tiene una profunda influencia sobre otra categoría cultural que también se definirá en este apartado. El poder si bien se ejerce, la clase social se padece. Entre tanto, las interacciones sociales que se evidencian por los rasgos que tienen algunos aspectos sociales de jerarquía y de estratificación, están asociados a una visión cultural de un contexto complejo de múltiples grupos sociales.

#### **1.4 La incipiente clase social media**

Sobre el concepto de clase social existe un proceso académico e intelectual de construcción de significado, de identidad, en el marco de las ciencias sociales que tiene una intencionalidad específica. En el libro *Raza, Nación y Clase* que publicaron Balibar y Wallerstein se trabajan estos conceptos en ensayos sobre la concepción académica e interpretativa, haciendo un análisis histórico y cultural, de algunos fenómenos sociales que persisten en el desarrollo de las sociedades:

Comenzando por la literatura de las ciencias sociales históricas, debemos señalar que el término «pueblo» no se emplea en realidad con excesiva frecuencia. Los tres más corrientes son «raza», «nación» y «grupo étnico», que presumiblemente son variedades de «pueblos» en el mundo moderno. El último de estos términos es el más reciente y ha sustituido de hecho al que gozaba de mayor aceptación: «minoría». Cada uno de estos términos tiene numerosas variantes, pero creo que

estadística y lógicamente nos encontramos con tres categorías modales (Balibar y Wallerstein, 1988: 121).

En esta instancia más que un conjunto de personas que viven en una realidad social determinada, la clase social y la nación podrían terminar siendo categorías modales que establecen una identidad y que implican las acciones humanas desde una configuración de relaciones, de cultura, de poder, de sentido y de valor. Ese entramado de conceptos permite dilucidar una interpretación que busca validar las acciones humanas de un grupo social determinado, en medio de las condiciones culturales establecidas.

Dentro de los postulados existe una definición sobre la clase social que determina una identidad para unificar exteriormente a un grupo de individuos en cuanto a sus formas de posesión, se materializa la pertenencia a un grupo social que establece la identidad de sus miembros en un sentido material, externo, de oficio y de adquisición:

Una clase intermedia, es decir, una clase media acabó por identificarse en la práctica con cierto nivel de ingresos —con una posición acomodada—, lo cual suponía posibilidades tanto de consumo (estilo de vida) como de inversión (capital) (Balibar y Wallerstein, 1988: 212).

Esa organización que se identifica con el nivel de ingresos, en última instancia, denota que la cultura influye y se expande por las relaciones sociales entre los individuos de una determinada clase, estableciendo en común acuerdo y desarrollándose en un significado y en un poder basado en las posibilidades de consumo y de inversión. El estilo de vida como medio de adquisición de propiedades que identifican en este caso a los mercaderes, son rasgos de una clase social que tiene una jerarquía en la sociedad representada.

En esta perspectiva de Balibar y Wallerstein la clase social tiene una fuerza dinámica de producción en el siglo XIX. Las categorías de clase, nación y grupo étnico son construcciones sociales de conocimiento que dependen del sistema económico y las imposiciones del Estado, según se afirma en el siguiente contexto:

Las formas de organización que prevalecen en determinados momentos en Estados concretos (ya que estas formas dependen del marco jurídico) están en función de la fase de desarrollo de la economía-mundo en su conjunto (y del papel del Estado concreto en esa economía-mundo), por una parte, y de las formas consiguientes de la lucha de clases en la economía-mundo (y en el Estado concreto), por otra (Balibar y Wallerstein, 1988: 183).

En este orden de ideas, el análisis sociocultural de un grupo humano en la perspectiva social puede establecer una oportunidad para pensar el pasado y describir para comprender la literatura como elemento de expresión y pensamiento social. Como clase social, los mercaderes ocupan un lugar referente en el marco social del siglo XIX.

En la novela, los mercaderes reúnen características de una incipiente y precaria clase social media, debido a que poseen una forma de actividad económica delimitada. Don Benito, Don Proto y Don Donato son administradores de recursos, insertados en el sistema económico, donde sus formas de negociar impulsan y desencadenan relaciones de predominio comercial. En sus reuniones entablaron discusiones sobre el Estado, defendiendo cada uno su propia ideología. Estos son algunos de los rasgos de una clase social objetiva que propicia las dinámicas del surgimiento de una precaria nación.

Una y otra vez, el anhelo de estos mercaderes consiste en aumentar sus ganancias; modificar las ideas con respecto a la sociedad oponiéndose al régimen político de turno y, con

los bienes comercializados, transformar las estructuras de la sociedad. Sus negocios son principalmente de telas y de muebles y, entre ellos, cuando las ganancias comienzan a aumentar, la rivalidad se intensifica.

Desde siglos antes, se había pensado un orden jerárquico de poder y de posición social que venía establecido desde antes de la conquista americana en Europa, pero solo en la realidad de la ciudad comienza a transformarse una perspectiva distinta de hegemonía social por medio de los mercaderes.

Los relatos de ficción se configuraron como medio de crítica ideológica y política ante el desencanto de la realidad histórica. Por eso, es interesante abordar el contexto histórico de la época dentro la narración. Durante 1827 a 1830 la ciudad de Santafé de Bogotá soportó el resultado de acciones producidas por sectores de la población, entre ellas: la Conspiración septembrina de 1828; acontecimientos que Vergara representó en su obra. Por tanto, es necesario hacer referencia a los hechos a la noche del 25 de setiembre y sus consecuencias. Además, el año de la publicación de la obra también requiere del contexto de la Nueva Granada para profundizar en el conocimiento de la sociedad que se configuró en *El Mudo: secretos de Bogotá* a mediados del siglo XIX.

## 2. PANORAMA HISTÓRICO

En este capítulo se exponen los principales acontecimientos del contexto histórico al que se alude en la obra. La época en la que se ubica la narración en *El Mudo: secretos de Bogotá* es la tercera década del siglo XIX, entre 1827 y 1830. Dentro de este periodo se destacan las políticas del poder ejecutivo referidas a la dictadura de Bolívar; las dinámicas sociales de una ciudad como Santafé de Bogotá en donde la población padecía con las transformaciones del poder político; y, en ese orden de ideas, la represión social después de la conspiración en contra del dictador. Este último factor es determinante para el análisis de interpretación de esta obra neogranadina con el ánimo de dilucidar los rasgos esenciales de poder, de cultura y de clase dentro de la sociedad representada.

Por otra parte, en el año 1848, fecha de la publicación de la obra, existen en el contexto múltiples ideas contrapuestas en el ámbito político, social, económico y civil que afectan el mundo novelístico. Dentro de esas situaciones, hay dos puntos concretos; por una parte, las reformas a la educación que desencadenaron la expulsión de los Jesuitas y por otra, la influencia que recibió la Nueva Granada del ambiente revolucionario en Francia durante 1848. Estos cambios en la perspectiva intelectual francesa alcanzaron a influir en las ideas políticas y literarias de la Nueva Granada

Unos años antes de la dictadura de Bolívar, según Manuel Arteaga Hernández y Jaime Arteaga Carvajal (1999) en *La historia política de Colombia*, la situación económica era bastante precaria producto del endeudamiento en las batallas de la Independencia. El Estado había centrado su capital en Santafé de Bogotá. Tanto los partidarios de Bolívar como los de su vicepresidente Santander comenzaron a generar tensiones políticas ante el fracaso de las medidas optadas por el futuro dictador para recomponer la autonomía de la Gran Colombia y proyectar un

crecimiento de la economía que permitiera restablecer el comercio exterior y optimizara los sistemas de producción; sin embargo, las políticas establecidas no fueron adecuadas y la población estaba empobrecida.

Ante esta situación, las decisiones que el Congreso pretendía tomar se vieron retrasadas, todo se aplazó para la Convención de Ocaña en 1828. Allí los partidarios de Bolívar, mediante su retirada de la convención en la votación definitiva, dejaron sin los suficientes electores requeridos para definir las propuestas y optaron por determinar que el presidente debería imponer sus facultades de dictador para “salvar la patria” confiriendo el poder absoluto al General Bolívar (Arteaga H. y Arteaga C., 1999:136). Este no dudó en ningún momento en asumir el control total, cuando le otorgaron sus partidarios el poder absoluto. Sus planes habían alcanzado el resultado que esperaba. De este modo, el poder militar se imponía sobre la institucionalidad del estado y los opositores al régimen no se hicieron esperar

## **2.1 Los Conjurados del 25 de septiembre de 1828**

Luego de las tensiones políticas que desencadenó la dictadura de Bolívar, se hizo una persecución contra los revolucionarios que participaron en la Conspiración septembrina, en oposición del dictador. En el estudio de Germán Mejía y María Isabel Perdomo: *Causas y memorias de los conjurados del 25 de septiembre de 1828* (1990); y en la obra de Jaime Jaramillo Uribe *Etapas y sentido de la historia de Colombia* (1995), estos académicos coinciden en su perspectiva sobre la Conspiración septembrina como una sublevación premeditada que pretendía oponerse a las injusticias impartidas por las políticas del poder dictatorial de Bolívar

y, en esa medida, la represión contra los conjurados desencadenó un descontento social y político.

Según el estudio de Jaime Jaramillo Uribe (1995: 40) Bolívar asumió poderes dictatoriales el 28 de agosto de 1828, en ese momento comenzó a promulgar directrices de gobierno por medio de las cuales eliminó el cargo de vicepresidente, desempeñado por Santander; dictaminó decretos económicos de emergencia para restituir impuestos abolidos y modificó la tarifa aduanera en un sentido proteccionista. Además, excluyó de la educación la enseñanza de Bentham y disolvió las organizaciones masónicas con el ánimo de apaciguar a la beligerante oposición de los medios católicos.

Las políticas de represión impartidas por Bolívar pretendían mitigar los levantamientos en diferentes regiones deteniendo el flujo de personas y estableciendo un control entre las provincias. Estas medidas se recrudecieron en el transcurso de su poder dictatorial y fueron sometidos, a estas desproporcionadas medidas sometieron a todos aquellos sospechosos de su oposición contra el régimen de Bolívar. Incluso se persiguió a quienes, tiempo después, lograron demostrar su inocencia (Jaramillo Uribe, 1995: 39).

Vale la pena aclarar que unos meses antes de la Conspiración, Bolívar promulgó los decretos establecidos para castigar a los conspiradores que, por medio de una sublevación, intentaran oponerse al poder del Estado. En la *Gaceta de Colombia* N. 337 del 30 de marzo de 1828, [p. 1-2] se publicaron los decretos que establecían en rigor las penas contra los conspiradores de la República. Para el poder ejecutivo, el conspirador merecía la pena de muerte y la confiscación de los bienes por parte del Estado. A su vez, en el decreto del 14 de marzo, que también se publicó en el mismo ejemplar de la *Gaceta*, [N. 337: 1-2] se estableció reglamentar los presidios y las casas de corrección, decretadas por el poder ejecutivo para ambos sexos.



Según el dictador, los conspiradores debían ser juzgados, incluso, bajo sospecha de participación en la rebelión, siempre y cuando, se tuvieran indicios y testigos de sus acciones. El dictador promulgó las sentencias para quienes estuvieran alentando de alguna manera su oposición. El poder, por medio de la ley, estableció su autoridad para refrenar una difícil coyuntura social, ante la insuficiencia de políticas que realmente beneficiaran a la población. De esa forma, se pretendió controlar la sublevación recurriendo a la autoridad de un régimen déspota, personalista y caudillista del dictador Bolívar (Mejía, 1990: Tomo II: 17).

En medio de una atmósfera de tensión, en la noche del 25 de septiembre se produjo un atentado contra su vida. Los conjurados, un grupo de intelectuales granadinos entre los que se contaban el poeta Luis Vargas Tejada, Mariano Ospina, Florentino González y Wenceslao Zulabair, acompañados del militar venezolano Pedro Carujo, el francés Agustín Hormet y del curioso aventurero portugués doctor Arganil, penetraron en el palacio de San Carlos, dieron muerte a soldados de la guardia y al edecán personal de Bolívar. Este, semidesnudo, protegido por miembros de la servidumbre y por su favorita Manuelita Saénz, tuvo que permanecer varias horas escondido bajo un puente del río San Francisco. De allí salió para incorporarse a los cuarteles (Jaramillo Uribe, 1995:40).

En esa estructura legislativa y con la facultad de establecer decretos en el poder ejecutivo, se publicó el artículo que regulaba las casas de corrección para ambos sexos. En la perspectiva de Juan David Posada Segura, en su capítulo: *Historia de las penas, las prisiones y los organismos penitenciarios en Colombia*, la idea era hacer viables estos centros de reclusión y otorgarle la autoridad del reglamento interno a los acaldes y gobernadores de cada ciudad o

provincia. El trabajo desempeñado en estos centros por las mujeres era la manufactura y los hombres ejercían otros roles de limpieza y adecuación del lugar.

En el territorio de la Nueva Granada se habían establecido mediante la legislación de Indias, durante la Colonia, cárceles para la custodia de los procesados. Según Posada Segura (2009) “estas cárceles fueron: la Real cárcel y la cárcel El Divorcio. Para finales del siglo XVIII la administración española construyó más cárceles con el fin de recluir en ellas al cada vez más creciente número de independentistas que esperaban ser juzgados por traición a la Corona” (2009, p. 247). Además, explica este autor, en su historia sobre el sistema penitenciario, que el decreto de 1828 fue el primer acto legislativo que reguló las cárceles como centros de reclusión para cada una de las capitales de provincias y determinó que en ellos debían recluirse a los infractores de la ley, privándolos de la libertad y sometiéndolos a trabajos públicos.

Después de la Conspiración septembrina, “los acusados fueron enviados a las bóvedas de Bocachica, y a Chagres, en Panamá, donde ejercían trabajos forzados” (2009: 249). Las penas de muerte contra los conspiradores se intensificaron para acabar, mediante la opresión y el abuso de la autoridad, con una rebelión que exigía un cambio en la sociedad, en el poder dictatorial (Posada Segura, 2009).

En Santafé de Bogotá, la cárcel *El Divorcio* se había establecido por medio de una ordenanza real en la legislación de la Indias (Herrán Baquero, 1996: 45). Aún vigente, esta prisión fue reconocida porque en ella se había recluso a la Virreina española María Francisca Villanova, esposa del Virrey Antonio José de Amar y Borbón después de la sublevación del pueblo, el 13 de agosto de 1810. En este recinto, la máxima autoridad era el Alcalde de la ciudad y se recibía a las mujeres, incluso bajo sospecha de infidelidad matrimonial. Las reclusas pagaban con su reclusión las condenas por la violación de las leyes establecidas.

El 13 de agosto, a causa de la exigencia de la misma muchedumbre apasionada, la ex virreina fue trasladada ignominiosamente a la cárcel del *Divorcio*, y en esta ocasión sufrió en su dignidad manifiestas humillaciones nunca experimentadas antes. Caballero las narra en estos términos: «Todos lo pedían a gritos, pero es de advertir que los que pedían esto era la gente baja, pues no se advertía que hubiese gente decente. Efectivamente consiguieron su pedimento... La infame plebe de mujeres se juntó y pidieron la prisión de la ex virreina al Divorcio. Formaron éstas una calle desde el convento de la Enseñanza hasta la plaza, que pasarían de seiscientas mujeres. Como a las cinco y media la sacaron del convento y aunque la iban custodiando algunos clérigos y personas de autoridad, no le valió, pues por debajo se metían las mujeres y le rasgaron la saya y el manto, de suerte que se vio en bastante riesgo, porque como las mujeres, y más atumultadas, no guardan ningún respeto, fue milagro que llegase viva al Divorcio. Las insolencias que le decían eran para tapar oídos» (Herrán Baquero, 1996:45).

Según Jaime Horta en *De crónicas de la independencia: verdad y mito de los Libertadores* (2009) las condenas para los conspiradores que se impartieron, fueron fusilamientos, destierros, presidios y encarcelamientos. La primera reacción de Bolívar fue perseguir a los conjurados, pero para el dictador, los conjurados eran quienes se oponían a sus ideales de gobierno. Al término de un consejo de guerra, el general Francisco de Paula Santander fue condenado a muerte como resultado de una persecución política, en un juicio, en el que tiempo después, nunca se pudo comprobar su culpa; Santander no participó en la Conspiración (Horta, 2009: 85).

Sin embargo, el ambiente político y de tensión en la sociedad, desencadenó que el dictador cambiara la condena y prefiera enviar al exilio a quien consideraba su principal

opositor. Las restantes penas de muerte para los “conspiradores” fueron conmutadas por prisión, destierros y servicio en el ejército como simples soldados. Algunos recibieron 8 años de cárcel, en celdas solitarias y fueron remitidos a las bóvedas de Bocachica en Cartagena y, otros, a la fortaleza de Chagres, en Panamá. Mientras que los condenados al exilio fuera del país, debían pagar como pena máxima 10 años de expulsión [*Gaceta de Colombia*: El Decreto. El 30 de marzo de 1828 [1-2 p.]. Por su parte, las penas en el presidio se efectuaron en condiciones precarias. Esa condena se podría comparar con una condena a una muerte lenta pero segura. Ningún preso alcanzó a cumplir la pena de una forma completa, morían antes de pagar su condena.

Para David Bushnell (2007) con su obra *Simón Bolívar, proyecto de América*, la represión después de la conspiración septembrina impactó, incluso, a los grupos segregados de la sociedad:

El cuadro de la represión quedó completo con medidas posteriores como la prohibición de las sociedades secretas, o sea de tipo masónico, que agrupaban típicamente a gente de ideas liberales; la cancelación de las licencias de enseñanza y los grados académicos de algunos conspiradores o sospechosos; así como la imposición por el prefecto (nuevo título, de acuerdo con el uso napoleónico, de los intendentes departamentales) de Cundinamarca del requisito de un pasaporte incluso para poder cruzar los límites intermunicipales. A lo menos no hubo necesidad de desencadenar represiones contra la prensa de oposición porque no había (2007: 304).

La situación social de Santafé de Bogotá ante los juicios públicos que se hicieron contra los conspiradores, dejó profundas inconformidades entre quienes se oponían desde todo punto de vista contra el poder dictatorial. Ezequiel Rojas en su postura frente a la conjuración del 25

de septiembre en la obra de Germán Mejía y María Isabel Perdomo (1990), expone una perspectiva ante el tribunal que impartió justicia. Según Rojas, bajo hechos falsos e inexactos, se hicieron acusaciones públicas, se llevaron a cabo pesquisas sobre la vida de quienes eran opositores al dictador y se estableció la condena injusta ante múltiples personajes inocentes de la vida política del país (Mejía, 1990: Tomo II: 13).

En la medida en que el poder prevalece como rasgo común dentro de la sociedad, según la teoría de Foucault, la imposición del poder exige una postura de fuerza que permita establecer un control social a través del castigo y de la restricción. El castigo mediante la reclusión coartando la libertad del hombre pretende un cambio o una reforma social que no necesariamente ocurre como lo establece el poder de turno; la autoritaria imposición de un castigo restringe las facultades del individuo, reduciéndolo en su capacidad de raciocinio, e imposibilita su rehabilitación social. Los sitios de reclusión pensados para cumplir con el objetivo de reformar a los reclusos, contraen los aspectos externos y promueven la injusticia social establecida.

Puede comprenderse el carácter de evidencia que la prisión-castigo ha adquirido muy tempranamente. Ya en los primeros años del siglo XIX se tendría conciencia de su novedad; y, sin embargo, ha aparecido tan ligada, y en profundidad, con el funcionamiento mismo de la sociedad, que ha hecho olvidar todos los demás castigos que los reformadores del siglo XVIII habían imaginado. [...] Se saben todos los inconvenientes de la prisión, y que es peligrosa cuando no es útil. Y, no obstante, no se “ve” por qué reemplazarla. Es la detestable solución que no se puede evitar [...] La prisión se funda sobre su papel, supuesto o exigido, de aparato para transformar los individuos. La prisión: un cuartel un tanto estricto, una escuela sin indulgencia, un taller sombrío; pero, en última instancia, nada cualitativamente distinto (2009: 266).

Es importante resaltar la importancia que tiene para el poder reformador e interpuesto en la sociedad, por medio de la fuerza, la prisión como institución de control social. La aparición del castigo como represión individual con el fin de reformar la conducta humana abrió la posibilidad de establecer una institución encargada de la vigilancia y la condena dentro de la sociedad para mantener el control en la sociedad por medio del poder físico y opresivo.

La prisión no ha sido al principio una privación de la libertad a la cual se le confiera a continuación una función técnica de corrección; ha sido desde el comienzo una “detención legal” encargada de un suplemento correctivo, a también, una empresa de modificación de los individuos que la privación de libertad permite hacer funcionar en el sistema legal. El encarcelamiento penal, desde el principio del siglo XIX, ha recubierto, a la vez, la privación de la libertad y la transformación técnica de los individuos (2009: 267).

Como medio para ejercer un poder impuesto en la sociedad, la prisión ocupa un punto de referencia que genera temor entre los individuos. Ese miedo de recibir una represión cuando la conducta no refleja un “deber ser” según el poder impuesto, el control social desencadena un castigo que reprime, pero no modifica ni ordena la conducta del individuo, todo lo contrario, incluso acrecienta y recrudece la insatisfacción individual contra el poder, evidenciando una sobrevaloración de la libertad y la exigencia de condenas más severas y crueles. El poder impuesto desmedidamente interfiere en la conducta social deshumanizando el comportamiento de los individuos en sociedad.

En ese sentido, los individuos se hallan influidos no sólo por el poder predominante desde la hegemonía del control, en este caso, por medio de una imposición económica del mercader, sino también se dimensiona la influencia de las transformaciones de los mercaderes en

la obra, y en ese sentido, se podría pensar en las modificaciones que padece la conducta social como un elemento que está ligado a la cultura de una incipiente clase social.

## **2.2 Situación social de Santafé de Bogotá**

La situación social de Santafé de Bogotá en la tercera década del siglo XIX fue narrada en el diario de viaje que hizo Gaspar- Théodore Mollien a Colombia (*El viaje a la República de Colombia en 1823*). Estos elementos sociales se describen en medio de la situación social precaria e incipiente de una nación como la Nueva Granada. Debido a esto, sirven para esclarecer las vías de cambio que se intentaron promulgar con las reformas económicas y mercantiles que se comentarán más adelante.

En su obra, Mollien destaca los elementos esenciales de la capital en un momento histórico determinado. El área de extensión de la capital era: “Hoy, Bogotá tiene de Norte a Sur una extensión de 3.000 metros y de Este a Oeste 1.700 metros; está dividida en 195 manzanas de casas” (1944:179). Esta información contribuye a la investigación social de la capital. Era una dimensión relativamente pequeña, con una población importante, comparativamente con otras capitales de provincia de la época.

Además, también comenta la situación social de las instituciones de control que pretendían impartir justicia. Al respecto de las cárceles hace referencia a la forma en la que funcionaban. Con el ánimo de redactar sobre el sistema de cárceles, refiere sus impresiones sobre estos lugares de reclusión en Santafé de Bogotá.

Los hispanoamericanos han adoptado para sus cárceles un sistema en exceso indulgente. Las cárceles están instaladas en el entresuelo, y las ventanas son lo

bastante bajas para que los transeúntes puedan conversar con los presos: los detenidos políticos están sometidos a un régimen mucho más severo. En 1823 había unos treinta presos en las cárceles de Bogotá, la mayor parte de ellos por robo o por falsedad, algunos por asesinato y especialmente por *uxoricidio*, no había sino uno que estuviese acusado de incesto; el número de mujeres detenidas era menor que el de hombres (1944: 186).

Los presos en la capital pagaban sus condenas por delitos económicos en su mayoría. Se podría pensar que para la época era una sociedad que en sus aspectos judiciales no tenía grandes movimientos, si se percibe la relación del número de reos con respecto a la población. Por otra parte, los delitos políticos eran juzgados y temidos con mayor ferocidad. Entre tanto, el número de mujeres que estaban en la cárcel era inferior a treinta, sin embargo, es importante aclarar que son las impresiones de un extranjero y que por la historia de las cárceles, como se explicó en páginas anteriores, el número de presos bien podría ser superior al que Mollien describe.

Ahora, continuando con la perspectiva social, sobre el desarrollo de Santafé de Bogotá; se la observa como una ciudad en donde aparecen las “tiendas”; recintos que funcionan como lugares donde se desarrollaba la sociabilidad de sectores de la población. La descripción de estos espacios ilustra aspectos de las relaciones sociales que estaban determinadas en su mayoría por las interacciones comerciales y económicas de la capital.

No hay en Bogotá diez comerciantes que tengan 100,000 piastras; entre las personas que viven de sus rentas, no hay cinco que tengan un capital mucho mayor. Las fortunas más corrientes son de 5 a 10.000 piastras. Como casi todo el mundo tiene una tienda, el negocillo que con ella hacen, triplica por lo menos, las rentas. Las tiendas, sobre todo las farmacias, son pequeñas oscuras y están muy sucias; la luz entra sólo por la puerta, pero sin embargo son los sitios en que cuantos no tienen nada que hacer están de tertulia. El comerciante



colombiano, sentado en el mostrador, fumando sin cesar y contestando lacónicamente a los parroquianos, recuerda mucho a los mercaderes de Esmirna o de Alepo (1944: 193).

Sobre los rasgos particulares de la fisonomía de los habitantes, en la obra de Mollien, al finalizar el capítulo sobre Santafé de Bogotá, hace una síntesis del carácter de los bogotanos, y enfatiza en la mujer, exaltando su belleza, su cuerpo y su traje. Estos elementos sociales que describió este europeo en su paso por Santafé de Bogotá en el siglo XIX exaltan algunos rasgos esenciales de la configuración cultural y social de la sociedad:

Los bogotanos tienen buen carácter, son alegres y honrados: su alegría no es ni ruidosa ni petulante. Pocas son las mujeres que no son bonitas y todavía menos las que no tienen buen cuerpo; su traje, tan singular, no se ve en ningún otro sitio del mundo. Aquí, lo mismo que en el resto de la República, las dos clases sociales, los ricos y los pobres, sólo se diferencian en el calzado. Todas las muchachas del pueblo van descalzas; para la mayor parte de ellas es una manera de agradar, más de una señora las envidia (1944: 195).

Ante los rasgos de la sociedad que se describen, las directrices sociales establecidas en el gobierno determinaron las costumbres y las ideas de la política en la Nueva Granada. Ahora bien, la dinámica económica posterior a la dictadura de Bolívar produjo un afán de reformas sociales que desencadenaron el cambio hacia una perspectiva más liberal, más institucional y con un proyecto de estado de largo plazo.

Según la teoría de Clifford Geertz, esta postura teórica considera la representación de los actos humanos en la realidad social como una influencia de la cultura dentro de un contexto determinado y, con una conceptualización antropológica, pretende analizarlos para encontrar explicaciones elaboradas de estos acontecimientos. Con los elementos de esta teoría cultural, se

hace una búsqueda para realizar una interpretación en un marco teórico determinado por la obra. En este orden; en primera instancia, el hombre crea la cultura, y ésta adolece de conjeturas e interpretaciones asociadas a las descripciones minuciosas. De ahí, se toma la partida para definir y relacionar los actos humanos. Ante este factor social, la teoría permite establecer los rasgos esenciales de un grupo social, en este caso los mercaderes, con el ánimo de encontrar un sentido a los fenómenos de interacción en la sociedad.

### **2.3 Cambios sociales desde 1830 hasta 1848**

Para Álvaro Tirado Mejía en *El estado y la política en el siglo XIX* (1979), en la Nueva Granada de 1830 a 1840, las guerras y las tensiones continuaban como parte esencial de la realidad acaecida en la región andina. Un avance político constituyó la modificación del periodo presidencial, dejando de ser vitalicio; Santander asumió la presidencia en 1833 y se plantearon reformas en la educación; no obstante, las tensiones entre la Iglesia y el Estado continuaron sucediendo.

Toda la concepción colonial era jerárquica, y la vida cotidiana estaba jerarquizada: la Metrópoli y la Colonia; las castas con sus blancos, indios, negros, mestizos, mulatos, zambos y cuarterones. La administración se ejercía por medio de una burocracia jerarquizada y perfectamente concatenada: alta burocracia estatal para los españoles y excepcionalmente para los criollos nobles y ricos; burocracia media para los americanos blancos; burocracia religiosa mediante la Iglesia, donde algunos clérigos eran funcionarios estatales. La autoridad real se ejercía por derecho divino y la legitimación ideológica de la dominación colonial estaba sancionada por la misión civilizadora,

catequizadora, sobre los infieles. Al clero, entre sus funciones administrativas, se le confió la enseñanza (1979: 331).

Ante la muerte de Bolívar en 1830 y las políticas de orden estatal que se comenzaron a proyectar, se intentaron transformar las ideas establecidas de las épocas anteriores. La hegemonía de la tradición se confrontó con las ideas políticas europeas que comenzaron a determinar un nuevo rumbo de la sociedad neogranadina.

En ese mismo orden de ideas, para el historiador David Bushnell (1999: 150) en Francia la revolución de 1848 había instaurado la segunda República y el pensamiento revolucionario social comenzaba a expandirse por el mundo entero. Después del triunfo de la revolución llegaban a Santafé de Bogotá noticias sobre los hechos. El ánimo social de los liberales y partidarios del cambio social exaltaron sus ideales mediante una búsqueda de la identidad en una República que defendiera las libertades individuales y se abriera a la tendencia mundial de la libertad de culto, de educación, de propiedad y de flujo de capital.

Para el historiador José Manuel Restrepo (1963) los cambios en la política de la nación tuvieron repercusiones sociales de tensión. El Presidente, Tomás Cipriano de Mosquera, estuvo en el poder desde 1845 hasta 1849. Su presidencia se caracterizó por una serie de reformas políticas que recrudecieron los enfrentamientos ideológicos, económicos y sociales en la Nueva Granada. Los cambios para modernizar el Estado fueron contar con extranjeros especializados en diversas áreas científicas y técnicas. En junio de 1848 se debatió en el Congreso de la República la vigencia de un proyecto de Ley en el que se expulsó a los Jesuitas de la Nueva Granada. La discusión pasó del Congreso a la Cámara de Representantes; el ambiente turbio y de debate fueron incentivos para proponer reformas en la sociedad, para intentar emular un modelo europeo, con el ímpetu de una modernización en el Estado y en el sistema educativo:

Declamóse en mucho en este Congreso contra los Jesuitas, y pasó a segundo debate en la Cámara de Representantes, por débil mayoría, un proyecto de ley declarando estar vigente la Pragmática de Carlos III, de 2 de abril de 1767, por la que fueron expelidos de todos los dominios españoles. Los enemigos de la Compañía de Jesús quedaron contentos con esta victoria y dejaron dormir el proyecto para revivirlo el siguiente año. Al mismo tiempo se escribía mucho contra ellos. Fueron célebres dos cartas bien escritas publicadas por el Diputado Julio Arboleda, en las que se atacaba fuertemente a la Compañía de Jesús y a sus instituciones. Quiso probar especialmente que no estaba derogada la Pragmática antes citada. El Dr. Florentino González también atacó fuertemente a la Compañía de Jesús en un folleto titulado “A la imparcialidad y la justicia”. Empero su principal argumento para atribuir inmoralidad a las Constituciones de los Jesuitas consistía en una mala traducción de un texto latino, según se lo demostraron (Restrepo, 1963: 82).

Por su parte para Fernando Díaz, en su obra: *Estado, iglesia y desamortización* (1979), explica que la presencia de la Compañía de Jesús en la educación fue uno de los puntos más discutidos en este momento de modernización en los ideales neogranadinos. Su presencia se percibía como un retroceso para la búsqueda de una transformación social. Santander había modificado unos años atrás el Plan de Estudios, en el que abrió el mundo universitario a lecturas de autores, que en Europa habían transformado estructuras sociales. Sin embargo, las nuevas reformas en este plan educativo que antecedieron al gobierno del General Mosquera y que estructuró Mariano Ospina, conservador, incrementaron el inconformismo social que se radicalizó frente a la posición anticlerical, y anti jesuítica que vivió la sociedad neogranadina influenciada por el pensamiento liberal radical (Díaz, 1979:433).

La posición de la iglesia en el gobierno del general Pedro Alcántara Herrán: retornó al país la Compañía de Jesús y se reemplazó a Tracy por Balmes y a Bentham por Juan Heinecke, teólogo y jurista alemán, lo cual indicaba la forma en que se pretendía entronizar de nuevo el providencialismo. El Plan de Estudios aludido, inspiración de Mariano Ospina Rodríguez, fue calificado por Salvador Camacho Roldán como “drástico y adicto a las ideas dominantes”; criterio que también compartió José María Samper. El liberalismo reconocía que de este modo fracasaba uno de los medios para abatir el predominio de la Iglesia en la sociedad. Desde luego, en el gobierno de José Hilario López el anterior Plan de Estudios será modificado como resultado de las reformas liberales que se pondrán en marcha (Díaz, 1979, p.434).

El control sobre la sociedad que ejercían los jesuitas quienes pretendían ejercer una profunda transformación social en la Nueva Granada, impregnaron de recelo las ideas modernizadoras y liberales dentro de las políticas de estado en la educación.

Según Fernando Díaz (1979) la vinculación de la Nueva Granada al mercado mundial se abrió paso decididamente: razón por la cual, la posición de la clase media compradora se vio favorecida. Las medidas que beneficiaron a esta incipiente clase social media fueron las reducciones de aduanas, la navegación por el Magdalena y la aparente modernización de la economía, que fue más aparente que real, desencadenando una inestabilidad política que perduró hasta finales del siglo XIX.

La participación de la Nueva Granada en la economía mundial estuvo marcada por la exportación de materias primas e importación de manufacturas que supuso una mayor explotación de la fuerza de trabajo en el sector agrario, así como también, incrementó el descontento de grupos artesanales y manufactureros de las principales ciudades (1979: 436).

En medio de la incipiente clase social media que surgía en la apertura económica se recrudeció la lucha por el poder por cuanto a su juicio la

vinculación al mercado mundial requería de un Estado liberal y democrático; bajo los principios que en Francia estaban imperando. Ante este hecho, el liberalismo se dividió en dos: los tradicionales que en cierta medida representaban los intereses de los artesanos y manufactureros, defendían el Estado proteccionista; y los radicales, inspirados en el ideario socialista, defensores de la producción mercantil, exageraban los planteamientos en favor de libertad de industria y comercio. Fueron los últimos quienes plantearon la necesidad de una separación absoluta entre la Iglesia y el Estado (Díaz, 1979: 437).

Estas sociedades económicas comenzaron a tener un desempeño social que tuvo repercusiones en la vida cotidiana dentro de la Nación. De ese primer inicio de propagación de las ideas políticas surgieron las Sociedades Democráticas, como instituciones populares con influencia en las decisiones gubernamentales. Aunque habían aparecido en la década del treinta, se consolidaron en los años cuarenta y lograron una representación en la realidad social de mediados del siglo XIX.

Según los postulados de Balibar y Wallerstein, dentro de un contexto antropológico y cultural, las líneas de aprendizaje social a partir de la configuración de la clase social media, se insertan en la conceptualización sobre la cultura como esa urdimbre que se consolida para la interpretación de la realidad social. De esta forma, se puede plantear que dentro de la clase social las relaciones entre los individuos pueden hacer parte de los estudios de interpretación cultural y de establecimiento de sociedades como elemento esencial de los estudios sociales. Las relaciones de clase que se encuentran con esta investigación, sirven para establecer una directa configuración del poder bajo una perspectiva económica en medio de la sociedad representada que está invadida por las tensiones sociales.

Ante estas circunstancias, la influencia que recibió la literatura en la Nueva Granada modificaría la crítica social que se reflejó en la creación literaria de la época. Esta obra de Vergara *El Mudo secretos de Bogotá* (1848) contiene rasgos de elementos comunes a una obra literaria francesa de Eugene Sue *Los Myteres de París* (1843) donde los “misterios” del bajo mundo parisino son retratados con verosimilitud; con un lenguaje sutil, contundente y directo; mediante unas descripciones punzantes, certeras, en las que se presenta la realidad de clases media baja y baja. El tejido social aparece para internar al lector en un mundo ficticio en el que la realidad se representa sin máscaras, sin ilusión, en soledad y escuetamente (Rodríguez-Arenas, 2011: 269).

En esta época en la Nueva Granada, los escritores citaron algunos escritores franceses como los más influyentes en ese momento; los más mencionados fueron: Honoré de Balzac, Eugène Sue y Alexandre Dumas (Rodríguez-Arenas, 2011: 270). El conocimiento de las tendencias literarias de la literatura francesa representó un acierto para la obra de los escritores neogranadinos que intentaron emular modelos literarios con la inagotable realidad que sucedía en la Nueva Granada. Ellas contribuyen a comprender un poco más las influencias narrativas y estructurales que se encuentran en la obra de Eladio Vergara y Vergara.

En la década del cuarenta del siglo XIX, se promovieron cambios sociales y políticos que fueron producto de transformaciones graduales de organización. Estas modificaciones influyeron en la vida sociocultural de la Nueva Granada alterando determinados aspectos que repercutieron en conductas, cambiando los imaginarios sociales y encausaron algunos hechos que ocurrieron en esos años.

En 1848, año de publicación de la obra *El Mudo: Secretos de Bogotá*, Eladio Vergara y Vergara, un hombre de 27 años de edad, era partidario de las ideas liberales radicales que estaban

surgiendo y configurándose entre la sociedad de la Nueva Granada. A finales de este año publicó la obra en medio de un panorama político álgido en ideas, oposición y tensiones entre el gobierno, las ideologías políticas, la Iglesia y el Estado.

Debido a eso, se analizarán por medio de los personajes centrales de la obra las relaciones de poder, a través de la cultura y la clase social, sin dejar de tener como referencia los acontecimientos históricos aludidos en este apartado.



### 3. SIMÓN “EL MUDO”

Este personaje es fundamental dentro de la representación. No sólo por tener el apelativo que indica el título de la obra sino también porque posee en su plenitud las características de transformación y de atributos narrativos. Con sus acciones se demuestra una forma de actuar y de pensar del “Mudo” como eje central en el entorno de la narración, desde la *compositio* hasta la *dispositio*. Por medio de la coyuntura histórica representada en la obra se hace explícita la influencia de su conducta dentro de la cultura social representada. Además, se intensifican las circunstancias de una incipiente clase social a través de la cual se intenta alcanzar un control de la sociedad en función de una clase social: los mercaderes.

Simón es un personaje bastante singular. A lo largo de la narración se presenta como uno de los siervos del mercader, Don Donato. Constantemente, en la obra se hace referencia a sus cualidades personales: inteligencia, prudencia y habilidad para llevar las cuentas de los negocios; además sabe escribir y con su forma de trabajar se gana la confianza de su Amo. Sin embargo, Simón no es realmente un “Mudo”, en apariencia se desempeña como un siervo y su atributo denominador es que no habla. Pero en realidad sí puede hablar y no tiene limitaciones físicas para hacerlo.

A lo largo de las dos primeras partes de la novela, Simón aparenta ser un hombre ingenuo, obediente y leal con su Amo, cumpliendo en detalle cada una de las indicaciones que recibe en su trabajo. Precisamente, en la última parte de la obra cuando Simón descubre con claridad quién es, haciendo énfasis en sus negocios en la Habana, se demuestra que en realidad pertenece a los mercaderes: Simón es un mercader que ha alcanzado una condición privilegiada en el entorno social en ese punto de la narración se evidencia que las cualidades que tenía para los negocios ya las había desarrollado mucho antes de llegar a la Nueva Granada y que su

apariencia de simple siervo esconde una intensión profunda para destapar las crueldades de Donato en la sociedad.

### **3.1 Atributos y acciones de Simón**

El nombre de Simón aparece en los primeros capítulos de la obra, destacándose en dos de sus principales atributos: tiene los oídos siempre atentos, lo sabe todo, y la postura constante en él es el tener los brazos cruzados, como señal de desacuerdo ante las circunstancias que debe presenciar. Simón se convierte en la sombra de Donato, está junto a él en el negocio, en la casa, en sus visitas, en todas partes. En la sociedad representada, Simón es un testigo de todas las acciones de su Amo.

Ahora bien, tanto el mercader Donato, como sus otros siervos: Jeroma y Pascual, profesan un profundo respeto hacia Simón. Su presencia infunde una autoridad firme ante la sociedad y con su forma de actuar siempre corrobora esa cualidad. Ellos reconocen en el “Mudo” a un hombre que irradia respeto, sobre todo, por su conocimiento en cada uno de sus deberes. Simón con su astucia siempre mide cada una de sus acciones, en cada uno de los momentos en los que actúa dentro de la obra; además, vigila y controla los movimientos del mercader; de esta manera llega a conocer perfectamente sus verdaderas intenciones cuando planea una acción.

En ese sentido, en la novela se destacan tres momentos que en donde Simón se transforma y cambia en su manera de actuar y de pensar. En su interior hay diferentes evoluciones. Estos hechos alteran sus acciones y modifican el entorno social de la representación. El primer acontecimiento es cuando Simón reconoce a su hermana y a sus sobrinas. En la celebración de un jueves santo, mientras participaba de la procesión con el

Santísimo Sacramento, se encuentra con la mirada de Doña María en el atrio del templo, en ese momento localiza a su familia y, también, descubre en el cuello de Solina, su sobrina, la cadena de plata de donde cuelga la mitad de la cruz de oro, que tenía su padre como señal para confirmar la identidad familiar. A partir de ese momento Simón decide protegerlos, y se promete impedir que Donato cometa alguna injusticia en su contra. Además, entiende que ante los planes del asesinato injusto en contra de Huberto debe intentar protegerlo porque con ese crimen su sobrina perdería a su futuro esposo.

El segundo momento aparece cuando Simón rescata a Huberto, condenado a 6 años de presidio en las Bóvedas de Bocachica, y logra salvar la vida del joven, enviando a su servidor para que lo libere de la injusta condena. Ante este hecho, llega una noticia a Santafé de Bogotá sobre la muerte de Huberto diciendo que se había ahogado en el río Magdalena, pero se comprueba su falsedad cuando el joven regresa a la capital y con ayuda de Simón enfrenta al mercader.

El tercer momento es la acusación injusta por la cual encierran en la cárcel a Luisa, una mujer joven, huérfana de padre y acusada por el mercader de haberse robado un collar de perlas. Su salida de la cárcel depende de su aprobación ante los planes de Donato que pretende tener a Luisa en su casa e irse a vivir con ella. Ante esos tres momentos concretos en la narración, Simón actúa con ímpetu para defender a los personajes que merecen su rescate, salvándolos de las manos crueles del enemigo.

La forma de actuar de Simón siempre tiene una justificación: él impone su justicia con sus propios medios. El “Mudo” conoce perfectamente al mercader y a sus cómplices, sabe las infamias que cometen, pero, sólo actúa cuando entiende que sus protegidos se encuentran en verdadero peligro, mereciendo su intervención para frenar las acciones injustas.

La capacidad de acción del “Mudo” aumenta conforme la narración se estructura, con el paso de los capítulos. El nombre vacío, Simón, adquiere fuerza y significado conforme avanza la acción en la narración. El poder ejercido por el control social dentro de la novela tiene en Simón una autoridad firme, en la que siempre se destaca su valentía. Tanto en la primera parte como en la segunda, sus acciones demuestran que tiene una sagacidad particular, nadie se entera de que él había protegido a Huberto de sus asesinos, en dos oportunidades diferentes, en donde los ataques de los criminales fracasaron porque se interpuso entre ellos, los golpeó e impidió que se cometiera el crimen. A este personaje no le interesa la vanagloria porque sólo desea proteger a los inocentes, que son, precisamente, quienes se han enfrentado con justa causa al mercader.

De Simón no se conoce cuál fue su postura política, ni qué conceptualización hizo sobre la libertad; tampoco si era su ideal o no intentar imponerla: él sólo pretendía hacer que la sociedad fuera más justa, defendiendo a quienes demostraban su honradez y no merecían padecer los abusos infligidos.

Ahora bien, los atributos externos e internos, se consolidan en este personaje creado de forma magistral. Es un hombre que conoce la realidad, que no actúa en vano y que siempre posee un ideal por el cual está dispuesto a dejar su propia vida. Él protegió a su familia, defendió la honra y la valentía de Luisa, exaltó con su inteligencia una forma de establecer el orden social y se rebeló ante las circunstancias de su propia vida.

Simón, sintiéndose culpable, después de gritarle a Ángela, su esposa, para que tuviera cuidado con una víbora, presencié el accidente, donde ella cayó por un peñasco y se mató. Como con su voz había originado las circunstancias que condujeron al deceso de su amada cónyuge, resolvió hacer una promesa: no volver a hablar nunca más. En su forma de actuar, tomó una

decisión y fue radical manteniéndose en su palabra hasta el final de la obra. [Todas las citas de la obra están en el español de la época, según el original de la novela].

Anjela! Sepulta yaces bajo el pobre mausoleo de unas piedras i una cruz! yo te maté! porque mi lengua fue la que despidió ese grito que, por salvarte de una víbora te hizo rodar por ese precipicio; pero delante de Dios, i sobre tu tumba solitaria i sagrada, te juro que castigaré mi lengua, no volviendo a hablar jamás: callaré como un Mudo (Vergara, 1848, Parte III, Capítulo IX, 79).

En la última parte de la novela, se cuenta la historia de Simón desde la infancia, su personificación va aumentando y consolidando una figura en la obra que restablece la justicia e impone a través de su conducta la supremacía del poder positivo por medio de un control social honesto y justo.

Su autoridad se fundamenta en la novela en la búsqueda de la libertad y el respeto por la condición humana de los individuos. En la medida en que avanza la narración los atributos y rasgos característicos se consolidan, se reafirman para comprobar que a través de los aspectos sobre su pasado, Simón tiene la autoridad moral y civil para imponerse en la sociedad. Ahora, todo funciona en la obra de una forma estructurada, con una narrativa precisa; porque este personaje enriquece a la sociedad representada y su función en la narración consolida la necesidad que existía para encontrar a alguien que pudiera enfrentar al mercader injusto de la mejor manera, instaurando una modificación en la conducta social de los mercaderes y de la sociedad.

Entre tanto, sobre el poder como aspecto representativo en el análisis de la obra a través de Simón, aparecen en la teoría de *Michel Foucault* los elementos esenciales para pensar en el sometimiento social, para controlar y castigar, y se aportan conceptos de la coyuntura social dentro de la obra.

### 3.2 El poder bajo el influjo de la inteligencia

Simón es un sujeto decisivo para acabar con la opresión del mercader. Los padecimientos de quienes sufrían cuando se relacionaban con Donato encuentran en él una posibilidad de cambio y transformación en el entorno social. El poder en el “Mudo” se concentra en su conocimiento de la realidad. Precisamente, a través de su sabiduría y de su respeto ante la sociedad, logra desarrollar estrategias para enfrentar y transformar la imposición déspota que se había establecido.

Simón se interpone ante las injusticias en el momento preciso en el que la víctima está perdida; como en el caso de Luisa. También defiende en el juicio a Huberto por su supuesta participación en la Conspiración contra Bolívar; y, además, consigue todas las pruebas para enfrentar las mentiras y falsedades, provocando cambios en la conciencia malvada de Donato.

El ejercicio del poder lo realiza por sus propios medios; con su fuerza física, reprime a los asesinos; con su inteligencia consigue las pruebas para devolver a las víctimas del mercader las sumas de dinero que este les había robado; y, por su estrategia, aclarando su ideal de justicia, establece la manera para encerrar al mercader y descubrir la verdad de las infamias, logrando con esto que el malvado no tuviera escapatoria. En otras palabras, Simón, como personaje aclara que la mejor manera de impartir justicia es asistir al tribunal divino, por medio de la conciencia, y sólo allí se podría juzgar con certeza las acciones realizadas.

El poder físico e intelectual de Simón es una forma de establecer su posición en la sociedad. En su pasado aparecen rasgos importantes: su padre había sido militar y había vivido varios años en la Habana en medio de una guerra. En esa ciudad había conocido a Ángela. Allí

tenía sus negocios y sus funciones como mercader. Simón era un hombre con habilidades para la confrontación personal, sabía defenderse, su agilidad y su rapidez ayudaban a acertar en su cometido. Siempre desempeñó sus acciones por su propia cuenta, individualmente logró proteger, en el anonimato, a algunos miembros de la sociedad para que no padecieran los abusos impuestos.

En medio de su perspectiva sobre el poder, Simón, no defiende ni busca la verdad para ninguno de los cómplices del mercader, no piensa que sea justo interponerse para proteger a quienes comparten las ideas contrarias, y prefiere que sea la justicia divina la que los juzgue. Por eso, Marciana murió asesinada por Santiago, quien era conocido como *Sampatarás*; este fue condenado a la horca por ese crimen. Jeroncio murió a garrotazos y Lea fue envenenada. Mientras que, por su parte, Doña Teresa recibió su condena: terminó encerrada en el convento de Santa Clara, con el cargo de conciencia de su maldad.

El poder que ejerce está resguardado por su ideal de justicia. El “Mudo” establece con su posición social por medio del conocimiento que tiene una forma para buscar una sociedad más equitativa y justa. Simón tiene en su ideario social que no puede haber justicia si no se conoce la verdad de los hechos. Por eso, no actúa sin tener pleno conocimiento de todos los movimientos del mercader, calculando siempre el alcance de sus acciones. En el ejercicio de la justicia también encuentra el poder.

Sólo hasta el final de la novela se pueden apreciar las transformaciones que producen las acciones del “Mudo” con el fin de exterminar las injusticias sociales de un mercader arbitrario, cruel, tendencioso, avaro y lujurioso. La sociedad representada encuentra en Simón una posibilidad para reivindicarse y así recuperar el dinero hurtado por medio de falsedades y de confabulaciones.

Simón es un personaje que sometió a su voluntad a su Amo, logró restablecer un orden social, y se impuso por medio de sus habilidades intelectuales. Defendió sus ideales y realizó una jerarquización de la sociedad para defender a los débiles e indefensos que padecían los abusos del mercader.

Uno de los acontecimientos específicos que se destacan dentro de la obra es el juicio en contra de Huberto. El tribunal de juzgamiento posterior a la Conspiración de 1828 declaró la culpabilidad de joven basado en los testigos: Jeroncio y *Sampatarás* que habían dado declaraciones falsas en su contra. Donato los había comprado con el fin de acabar para siempre con Huberto. Seguramente, como no habían podido asesinarlo con sus propias manos, intentaron este recurso: someterlo a una infame condena.

El mercader sabía que, si era enviado a las Bóvedas de Bocachica, moriría sin haber cumplido la pena. Por tanto, Simón, que no había podido impedir el fallo del tribunal, planeó la forma de rescatarlo, aun oponiéndose a la condena del tribunal. Para conseguirlo, escribió una carta a Morón, su servidor y amigo, para que ayudara a fugar al condenado antes de que lo encerraran en la Bóvedas; y posteriormente lo llevara de regreso a Santafé de Bogotá.

El tribunal instituido para juzgar a los delincuentes había empezado a ejercer sus funciones: unos en pos de otros a él eran presentados los conspiradores para ser juzgados i sentenciados. En una de las prisiones, desmantelada i lóbrega, con pesados grillos yacia Huberto, lívido, triste i ojerudo porque su sufrimiento era cruel; pero en la cara pintaba la serenidad del inocente (Vergara, 1848, Parte II, Capítulo V, 22).

La forma del juicio y las declaraciones de los testigos eran absurdamente falsas, contrarias a la verdad de los hechos de la noche del 25 de septiembre. La injusticia del mercader



aparecía nuevamente para intentar deshacerse de Huberto pero tampoco fue suficiente su perversidad; Simón de nuevo se interponía para rescatar a sus protegidos.

Esa forma de impartir justicia, inspirada en la realidad de lo que sucedió en contra de los conjurados de la noche del 25 de septiembre de 1828: los testigos falsos, las versiones libres sin ningún fundamento en contra de algunos opositores mostraban la forma en que el dictar Bolívar aseguraba el poder total, mediante la eliminación de los que se oponían a sus planes.

En la novela, a través de Simón se plantean los principios de una reforma para la cohesión social que parte de la justicia pretendiendo encontrar en la verdad de los actos de la sociedad, un freno a la arbitrariedad de los abusos y no una verdad parcial o subjetiva, mediada por el dinero y la avaricia de quienes estaban en el poder.

Estos aspectos de la época en la que se ambienta la obra, también permiten pensar en el análisis de la realidad cultural, en donde, la conducta de los miembros establece una forma de interacción social. Así, la relación entre comportamiento y sociedad, en el análisis abre dos perspectivas. La primera, Simón actúa con el fin de restablecer la justicia social y de ese modo, defender a su familia del peligro de las acciones del mercader. En ningún momento, ejerce coerción o manipulación en contra de otros miembros de la sociedad. La segunda, la autoridad del “Mudo” pretende acabar con el centro de la injusticia, promulgando un principio de verdad, honestidad y lealtad. En este sentido se debe hacer referencia a aquellos rasgos culturales de la época.

El “Mudo” impone su poder adelantándose al mercader, controlando las relaciones sociales que están al alcance de sus conocimientos. Sin duda, entre sus planes aparecen los individuos inocentes que no merecen padecer tales injusticias. En esa medida, Simón dictamina que la única forma de juzgar con verdadera justicia al mercader, para que pague por sus

atrocidades e infamias, será cuando deba presentarse ante la justicia divina. Pero incluso, su muerte llega como adelantándose, sin que Simón la pretenda. En su plan el “Mudo” sólo transmite sus pruebas a Huberto para que éste enfrente al mercader, se esclarezcan los hechos, y de esta manera, Donato padeciendo el castigo de su propia conciencia, pueda ver la realidad. Ante la innegable veracidad de los hechos, al ver que se esfuma la fortuna que ha conseguido con maldad, su sistema se congestiona, su cuerpo se revela y sufre un infarto fulminante; la muerte se lleva al mercader para siempre.

### **3.3 Rasgos Culturales**

En el sentido cultural, sobre la sociedad representada podrían comentarse rasgos de la vida ordinaria como se exponen en los libros de viajes de algunos extranjeros que visitaron la Nueva Granada en esos años.

Como uno de los rasgos culturales en la teoría de *Geertz* se destaca la influencia de la cultura en la actuación de los miembros de la sociedad. De ese modo, en la novela Simón desencadena una ruptura en la cultura convencional de la época porque desafió lo establecido.

Este personaje muestra en sus acciones unas características esenciales para interpretar los rasgos culturales, a través de los cuales, se puede pensar en la influencia que el entorno social tiene para la conducta humana. Según la interpretación de las culturas de Clifford Geertz, la cultura ejerce una incidencia evidente en la conducta del hombre.

En ese sentido de la influencia en la cultura, Simón inmerso en el entorno social de la narración intentó con sus acciones modificar la conducta de la sociedad y se adaptó a la forma de actuar del mercader, para buscar la manera de recuperar la honradez y la verdad. En varias

ocasiones, pensó en todo lo que hacía su Amo; siempre llevó la cuenta de sus arbitrariedades para tener un registro que posteriormente se convirtiera en la prueba de los acontecimientos.

Simón entiende que, ante la realidad de las situaciones, no puede apresurarse para obrar. Su enemigo es el mercader. Si bien, en la sociedad Don Donato tiene un poder económico, el “Mudo” encuentra en su habilidad en los negocios una forma de controlar el poder opresor. Sólo lo deja hacer algunas maldades, pero cuando se piensa en acabar con los familiares o personajes cercanos de este personaje su actuación desencadena un freno para su injusticia.

La mayoría de las mujeres tiene en la narración una postura relegada a la voluntad del mercader. Por tanto, Simón conociendo las intenciones se apropia personalmente de las situaciones para impedir que ellas sean maltratadas o abusadas por el poder lujurioso. En el caso de Lea, una joven mujer, que fue abandonada por sus padres, mientras trabajaba como sirvienta en la casa de Doña María, Simón les avisa por medio de cartas anónimas el peligro que ella era para la familia. Con esos mensajes advertía del riesgo que todos corrían al permitirle a Lea estar dentro de la casa. Entre las maldades que planeó el mercader estaba el robo de las escrituras de la casa de Doña María para cambiar la firma y dejar en la ruina a la hermana de Simón. El “Mudo” no logró impedir el hurto de los documentos, pero esclareció la verdad de los hechos en el momento oportuno para que su familia no tuviera que abandonar su hogar.

Entre tanto, en la primera parte de la narración, se celebra en la casa de Doña Teresa un baile para que participen los amigos del mercader y algunas mujeres de la sociedad. En esa reunión en donde Simón ya conocía los planes que habían organizado Teresa y Donato con el fin de asesinar a Huberto, el perro faldero de Teresa, *Dijesito*, muerde en la mano a Solina cuando ella intenta acariciarlo. Simón viendo que ese animal no merece compasión, decide estrangularlo.

Lo mata cuando se lo encuentra en una habitación. Nadie se da cuenta de la ocurrencia del “Mudo” para deshacerse del perro.

En sentido contrario, Julito un hijo de Teresa y de Donato, muere de gangrena después de la mordedura del perro. Ni sus padres, ni nadie conocido hace nada por la defensa del niño que llora y percibe en detalle, cómo su mano comienza a ponerse morada, la fiebre sube, el sudor es incontenible y termina muriendo por culpa de la pasividad de sus padres. Ante este hecho, los rasgos en la conducta de los hombres y mujeres dentro del escenario de la obra establecen una línea de crueldad invadida de egoísmo.

En la sociedad representada, la justicia y la injusticia son los pilares de los enfrentamientos. En la primera y en la segunda parte pareciera que la injusticia alcanza a imponerse en todos los ambientes sociales. Donato y Teresa someten a todos los que ellos quieren, sin que nadie lo impida, y lo hacen en todos los escenarios ante la sociedad.

Sin embargo, en los momentos definitivos, cuando la vida social está en juego, las cosas cambian. Un factor esencial es la muerte. Para Simón es el momento más importante de la vida. Ahí se conoce realmente la justicia y es necesario llegar preparado. Por eso, mueren bien los personajes que, para Simón, fueron honrados, inteligentes y desempeñaron en la sociedad una función acorde con la justicia social.

En ese sentido, el padre de Aurelio, un artesano que trabaja alhajas de plata, falleció tranquilamente, con la conciencia en paz e inculcándole a su hijo el principal valor en la sociedad para un artesano: su honradez. De igual manera, El padre Anselmo, fraile franciscano, también expiró con santidad, sin haberse dado cuenta de la maldad que había planeado el mercader en contra de Doña María, y desconociendo la verdadera procedencia de las limosnas que había recibido de Donato.

Por otra parte, la viuda de Beltrán, madre de Luisa, también murió enferma, con la serenidad de haber cumplido con su tarea en la vida y siendo fiel a la memoria de su esposo y a sus principios. Mientras que, quienes produjeron la injusticia —el mercader y sus cómplices— murieron atormentados, con angustias, miedos y alucinando, porque fueron seres sociales nefastos, egoístas y malintencionados.

Para Simón la justicia social no podía imponerse por medio de los tribunales, ni siquiera con las autoridades de la sociedad, porque el mercader la había comprado en su afán de ejercer su maldad. La avaricia había acabado con la serenidad y la verdad. Por eso, cuando Simón acompañó a Donato a la cárcel para visitar a Luisa —acusada de haberse robado un collar de perlas— observó cómo el mercader le prometió a la hija menor de Beltrán sacarla de la cárcel a cambio de que ella aceptara entregarle su cuerpo y su vida.

Él quería tenerla en su casa a su voluntad, pero Luisa nunca lo habría aceptado, no quería nada relacionado con el mercader, prefería morir de hambre antes que ir a su casa. No obstante, ella lo engañó aceptando la propuesta para salir de la cárcel e ir directamente a su propia casa, para ver por última vez a su madre que agonizaba; sin embargo, cuando Luisa llegó ya ella había muerto.

Simón, al darse cuenta del abuso, impidió que Luisa perdiera su libertad a manos del mercader. Su reivindicación con la sociedad se impartió con la justicia atravesando las formas de castigo establecidas. En este caso, la injusticia era tan evidente que Simón debía interponerse haciendo algo al respecto. Por tanto, decidió actuar en beneficio de la joven.

Entre tanto, los hechos narrados por *Theodore Mollien* sobre la realidad de la capital Santafé de Bogotá coinciden con las descripciones que la voz narrativa presenta en la novela, donde la belleza física de los personajes femeninos pareciera un rasgo típico de la realidad. Sin

embargo, la afirmación que el autor francés efectuó sobre el número de mujeres presas, no concuerda con la situación de los personajes femeninos en el mundo narrativo; ya que en este, sólo por sospechas de alguna maldad se podía desencadenar su reclusión. Por eso, es de suponer que el número de mujeres en prisión fuera mayor del que afirmó Mollien en su obra.

Ahora bien, sobre los rasgos culturales es importante recalcar que Simón tiene un poder social que pretende restablecer una justicia en las relaciones sociales. Se opuso al sistema de tribunales cuando fueron arbitrarios y estuvieron sesgados por el dinero. Él protegió a las mujeres ultrajadas o indefensas. Su afán por resolver los problemas sociales de la época podría establecer una forma de comportamiento: actuar en la medida en que la acción pueda contribuir al orden social. En su conducta ante la sociedad se refleja un conocimiento a fondo de la manera más conveniente para que la repulsión, la hipocresía y la infamia tuvieran un pronto final.

Con sus acciones se exalta, en la última parte de la novela, la idea de una sociedad establecida para construir a través de la justicia un nuevo orden social. Las relaciones en sociedad influyeron para establecer con el personaje del “Mudo”, un cambio para consolidar una nueva perspectiva social que permitiera una libertad de pensamiento y de acción acorde con lo establecido en la sociedad. En esa línea de pensamiento, el control social ejercido por la economía estableció una perspectiva sobre las clases sociales, especialmente, las que estaban en conflicto, y a la que pertenecía Simón: los mercaderes.

### **3.4 El ambiente para una nueva clase social**

En la perspectiva de la obra, durante la última parte, los mercaderes hacen cuentas para pensar en el balance del negocio. Don Benito es el único que obtiene un saldo a favor en sus

cuentas; y además no acudió a las falsedades ni a los engaños para incrementar sus ganancias. Eso lo evidenció con su afán para pagar sus deudas; de ese modo, la vida misma, lo premia cuando su única hija se casa con un extranjero. Ante esa realidad, Don Benito fue el único mercader que obtuvo una ganancia en el sistema de producción.

Según Balibar y Wallerstein, no sólo la tendencia económica establece una nueva clase social, su posición social en el entorno también propende por enriquecer la función mercantil de la producción para conseguir un beneficio propio (1988:213). Más que una intención de contribuir a una clase social homogénea se establece una incipiente clase social heterogénea en la que los medios económicos son los determinantes de las relaciones sociales.

Simón tenía la capacidad para interpretar los negocios; asimismo, sus ideas sobre la conducta de Donato explicitan a un personaje de clase social superior a la que aparentemente pertenecía. Fingir ser el siervo de un mercader, terminó siendo una excusa para lograr entrar en el ambiente social de los mercaderes y reconocer que ellos eran los que manejaban la sociedad.

Ellos son los personajes más importantes de la obra, quienes polarizan la discusión sobre la política de la época y concentran su atención sobre un concepto transcendental: la libertad. Si bien, son los únicos personajes que hablan sobre el dictador Bolívar, la política no pasa de ser un tema de juego de cartas y no vuelve a aparecer en la novela. La verdadera realidad social está en la justicia moral de sus acciones y la producción de sus negocios. Hacia el final de la obra, se hace un énfasis en la tensión social por el desequilibrio de los bienes y se intenta efectuar un reclamo ideológico ante quienes educan a estos mercaderes: los jesuitas; sobre quienes se hará referencia más adelante.

En los últimos capítulos, Simón y Huberto encuentran una falsa pared en la casa del mercader, rompen un par de ladrillos, y entran para ver el cadáver de una mujer joven encerrada

por castigo. Ella nunca aceptó la propuesta indecente, lujuriosa, que el mercader le hizo para someterla a su antojo. Después de revisar el lugar, Simón casi grita de la ira que le había producido el hallazgo, al leer la confesión que había dejado esa mujer, quien en vida había sido una tía de Don Cato, otro mercader, y que ella había escrito en su ropa íntima. De nuevo, las relaciones entre mercaderes tensionan el ambiente social de injusticia y perversidad, deseando un cambio en la perspectiva de la libertad y de la educación en la sociedad.

El joven [Huberto] mandó abrirlo, i las barras a su esfuerzo hicieron retemblar el muro que poco después presentó una puerta que entrada da a un cuarto estrecho i oscuro. Huberto penetró en él, i a su vista se ofreció después detrás de un enorme talego lleno al parecer de dinero, i de dos grandes candeleros de plata que aun conservan rastros de las velas que sustentáran, afianzando en un sillón antiguo el esqueleto de una mujer que conserva intacto un valioso vestido de brocado sobre el que se ven algunas joyas de piedras preciosas; encima de las rodillas tiene un largo jiron de tela de lino, i en una mano agarra una estaca de madera con un extremo quemado. La vista de una momia, oculta allí sin duda desde luengos años atrás, hizo erizar a los circunstantes; Huberto mandó sacarlo, i tomó el lienzo que en malos caracteres se leía: (Vergara, 1848, Epílogo, 87).

Sin duda, estos mercaderes hacen parte esencial del cambio social. Su desempeño es fundamental para establecer las políticas de cambio y de transformación de la realidad porque influyen en el sistema económico. Esas relaciones de la economía también desencadenan comportamientos en el entorno social de ahí que entre los mercaderes de la obra se consoliden las discordias. En este caso concreto, Donato y Simón tienen un enfrentamiento directo e indirecto por el control de la justicia social. Desde una perspectiva anónima, Simón actúa de tal manera que su Amo nunca descubre cuáles son sus verdaderas intenciones. Por eso, Donato desestima la capacidad y el alcance de Simón.



Este recibe maltratos por su condición de siervo cuando visita a Marciana, la prostituta amada de Donato. Ella se dirige despectivamente hacia el “Mudo” cada vez que lleva los recados o regalos que le envía el mercader. Desde luego que Simón pasa por alto cada una de esas agresiones con el fin de esperar para hacer justicia. No pierde la paciencia ni la compostura, aguanta los maltratos y los abusos de la mujer que llega con el ánimo de burlarse y desprestigiar a los demás, pensando que su posición de prostituta pasaba desapercibida.

De la misma forma, Doña Teresa también se refiere con términos despectivos hacia el “Mudo”, maltratándolo porque pensaba que era un siervo más. En este sentido la rivalidad entre Donato y Simón va entrelazando personajes dentro de los diferentes escenarios sociales. Todos los cómplices del mercader se polarizan contra Simón, sin saber que al final, la muerte se convertirá en la evidencia de la justicia social que se impone a través del “Mudo”, sin que nadie pueda impedirlo.

Dentro de los mercaderes se intenta exaltar la libertad económica, las leyes del mercado deben imponerse, de nada sirve un estado proteccionista. Pero para algunos de ellos, el dinero les proporciona todos los medios para alcanzar lo que quieran. Los mercaderes manejaban la justicia, los negocios eran su fuente de producción y cada uno de ellos había contratado a algunos artesanos para que trabajaran en sus negocios. En ese sentido, los comerciantes influían en el entorno social en el que se desenvolvían.

Esta nueva clase social despierta en la obra un ambiente de tensión por la rivalidad y la competencia por los negocios, por las propiedades y las oportunidades que pueden ofrecerles a los demás miembros de la sociedad. Incluso, sus negocios están en la misma calle de la capital, la calle de El Comercio. Sus residencias se hallan también en el mismo sector de la ciudad.

### 3.5 Una perspectiva social de mediados de siglo

Desde luego que en este ambiente social, la incipiente formación de una clase social negociante, la de estos mercaderes, tendrá repercusiones en los diferentes escenarios de la sociedad. Para el entorno Donato, que había recibido formación de los jesuitas, tiene esa condición: la tendencia al poder, a la avaricia, a la injusticia y a la hipocresía.

En la tensión social de rivalidad, de competencia, de amargura o de reciedumbre, de trabajo continuo, de amistad radica en las relaciones sociales de estos mercaderes y en los resultados que obtienen. En el lado positivo, Don Benito, gracias a sus éxitos y ganancias casó a su hija con un extranjero. En el negativo, Don Cato, rival de Donato en el amor de la prostituta se fue de la ciudad; y Don Donato murió en su propia casa sin un centavo en el bolsillo.

A lo largo de la narración, Las diferencias entre los mercaderes se incrementaron. Simón demostró que podía defender a la sociedad estableciendo un nuevo orden social buscando que Donato aceptara sus injusticias, castigando su lujuria y su avaricia.

Por último, en las acciones premeditadas de Simón se estableció una finalidad: la defensa de la justicia por medio de acciones concretas. Su forma de actuar, bien pudo parecer un secreto, era discreta y pasaba desapercibida. Aspectos de las miserias humanas de personajes como Marciana, Doña Teresa, Doña María, Solina y Magdalena, no se habían escrito en una obra con el estilo y la forma de esta obra literaria. Todas las historias fueron entrelazándose como la vida misma, en donde la sociedad tenía diferentes personajes que se conectaban por diferentes motivos de la cotidianidad. En medio de ese tejido social, Simón impregnó de justicia y de respeto una sociedad hipócrita.

En la realidad social de la obra, Simón esperó hasta el último momento para intentar comprender al mercader; lo cual no impidió que interviniera para ejercer una postura radical frente a la sociedad. Ahora, dentro de la casa del mercader, la esclava Jeroma recibió ayuda de Simón, quien, primero la protegió y luego la ayudó a alcanzar su ansiada libertad cuando empleó el dinero que le sobraba para comprar la manumisión no solo de ella sino la de toda su parentela. Con lo cual también incide en la concepción social de equidad e igualdad.

En síntesis, Simón como personaje fundamental en el análisis consolida una postura crítica ante la sociedad y, con sus propios medios, interpone una nueva perspectiva social para el poder, la cultura y la clase social en el entorno de la obra.

#### 4 EL MERCADER: DON DONATO

Este personaje es el impostor que intentó abusar de su posición y se enfrentó a Simón, el “Mudo”, por el control social en la representación. Durante la narración, este mercader tiene una serie de transformaciones tanto en su forma de actuar como en el significado de sus atributos; en ese sentido, su función social y su desempeño cruel e injusto configuran su poder dentro de la sociedad. Desde ese lugar, en su posición económica y cultural, sometió a la sociedad para establecer una jerarquía déspota. Él, dominado por las pasiones, hace lo que su avaricia y su lujuria le dictaminaban.

En Donato se destaca, radicalmente, la posesión de riquezas como su principal motivo de acción. La forma de actuar ante una realidad social específica en la sociedad de la obra siempre tiene como idea de fondo, el dinero. En su imposición pretende organizar una nueva forma de orden social a través de la mentira, el engaño y la injusticia para ocultar sus verdaderos desenfrenos. Precisamente, es el personaje detonante de la crisis en la sociedad en las primeras dos partes de la novela.

Don Donato adquiere un desempeño en la obra que cautiva y sorprende cuando planea sus acciones. La crueldad y la maldad aumentan en él conforme a sus intenciones por aniquilar a sus enemigos; sin embargo, el fracaso de su imposición alcanza a vislumbrarse ante lo absurdo de sus ilusiones, su detención de no se hace esperar.

Al final, terminó su vida padeciendo en su conciencia por haber cometido las infamias que realizó, y en la narración se evidencia la forma en la que tuvo que enfrentar la verdad, antes de morir. Con un poco más de medio siglo de vida, murió inmerso en los juicios de su propia codicia, lujuria y perversidad.

El mercader es el personaje que más relevancia tiene en la presentación de la sociedad en la obra, se convierte en el actor intelectual de las injusticias perpetuadas por diferentes personajes, durante los primeros treinta capítulos de *El Mudo: secretos de Bogotá*. En su afán por conseguir el control establecido debe enfrentarse a un contendor inesperado, con quien se establece una confrontación intelectual y física por el poder económico y social.

En medio de la sociedad, el mercader ejerce de una manera tramposa la injusticia, convirtiéndola en el motivo que desencadena todas sus acciones. Su transformación interna genera la pérdida de reconocimiento social, y ante esas acciones surge su muerte, en la medida en que se descubren sus verdaderas intenciones.

En ese sentido, sus planes para castigar y vigilar la sociedad suelen fracasar, su enemigo reprime sus acciones y controla de alguna manera su condición. En Donato se va deteriorando su postura pasional y desmedida para acabar con sus opositores y para establecer un modelo social de infamias, conforme avanzan los capítulos de la obra. Este personaje decrece en su fuerza sin alcanzar nunca una satisfacción plena que remedie sus deseos.

El mercader parte de un principio: cuando planea una acción maliciosa, siempre termina peor de lo esperado. Su egoísmo, producto del desenfreno de sus emociones, engeguece su perspectiva de la sociedad y se modifica su función social. Con respecto a su dinamismo en la ciudad, Donato comienza con una posición exaltada en las primeras partes y, conforme suceden los acontecimientos en la narración dentro de un orden cronológico, su significado y su sentido, como personaje de la obra, se distorsiona.

#### **4.1 El mercader: atributos y rasgos característicos**

En primera instancia, sobre Donato se destacan sus habilidades para manipular y aprovecharse de sus víctimas en los negocios; nunca pierde en sus apuestas. Es un hombre flaco, con nariz prominente y tiene dos debilidades: el dinero y las mujeres. Vive solo en una casa de dos pisos, tiene dos servidores y una esclava. Su siervo más destacado, por la eficacia en su trabajo, es “Mudo”, además, también es sorprendentemente inteligente.

Este mercader no tiene esposa mientras que sus amigos, que son vecinos en su negocio y comparten su posición social de mercaderes, están casados. En la presentación del personaje se describe su forma de vestir, siempre con cordobán, perteneciente a un estilo elegante lleva el mismo vestido que, con el tiempo, se le ha desteñido el color, ha cambiado su apariencia. Siempre está pensando en la venganza para quienes hayan podido aprovecharse de él, sacándole ventaja en algún negocio.

En la primera parte de la obra, como uno de sus atributos, que aparece en distintos escenarios en la narración, el narrador reitera de diferentes maneras que el mercader había sido formado por la Compañía de Jesús, por eso, se le denomina como: el Jesuita. Además, para reforzar ese rasgo, se aclara que a causa de esa formación surge la avaricia, porque siempre quiere sacar provecho de las necesidades económicas de los demás.

Incluso, es un hombre hipócrita porque en su forma de actuar y ante su manera de ejercer el control, no se conocen en realidad sus verdaderas intenciones. Además, un rasgo característico, es su carácter déspota, que hace honor a su postura pro monárquica por el continuo ímpetu con el que intenta imponerse, a través de su criterio y de su voluntad.

En la segunda sala, cerca a la mesa, i zambullido en un sillón está el amo, con vestido de paño que en otro tiempo fué azul, pero que el uso ha trocado en verdoso i mugriento: lleva zapatos de cordobán, i un ancho capote, consonante

con el resto del vestido. Esqueletudo i casi calvo, apenas deja ver al travez de las antiparras, un ojo chiquito, hipócrita i penetrantes, i bajo una nariz ganchuda, unos labios delgaditos y apretados (Vergara, 1848, Parte I, Capítulo I, 10).

Donato tiene grandes habilidades para planear el mal. Sus intenciones por adquirir un beneficio económico de la sociedad, lo llevaron a conseguir, por medio de los recibos de deudas con promesas de pago a futuro, grandes riquezas que sólo se quedaron en el papel. El afán de dinero en él impide que pueda sospechar de sus enemigos. Específicamente, el afán de alcanzar más poder con sus riquezas no le permitió entender que en su propia casa estaba su sentencia de justicia ya que uno de sus siervos dismantelaría sus planes ante la sociedad.

Su postura injusta lo lleva a ejecutar acciones coercitivas y nefastas; impone su voluntad para manejar a su antojo la justicia social, convirtiéndose en un amo arbitrario, que vigila a sus opositores, dentro de la sociedad capitalina. Su ejercicio del poder la desestabiliza, empeorando problemas sociales como: la desigualdad, el sistema económico y la educación; su inmoralidad no se detiene hasta que sufre un enfrentamiento definitivo.

Con el final de este mercader se pretende, bajo el ánimo de la crítica social, promulgar en la sociedad representada una posible puerta para descubrir una salida ante el panorama pesimista, esclareciendo, una exaltación de la libertad como rasgo indispensable en el entorno para combatir a los individuos con estas características.

En su transformación, como personaje, aparecen las características de una evolución tanto externa como interna. Donato recrudece la perversidad de sus intenciones y por tanto de sus acciones, cuando sus planes para aniquilar a sus enemigos no salen como lo esperaba. Conforme avanzan los capítulos de la primera y de la segunda parte de la obra, sus juicios son más injustos

y arbitrarios, atropellando a sus víctimas. Sus proyectos vengativos se recrudecen intensificando el sometimiento de los más débiles e inocentes.

Externamente, intenta controlar por medio del castigo a sus enemigos. En ese sentido, se puede expresar el cambio externo como consecuencia de una modificación interna, cuando sufre de un apasionamiento desmedido. Por otra parte, su lujuria comienza a incrementarse, y sus designios para abusar de algunas mujeres impregnan su forma de actuar. Esta tendencia se percibe durante el transcurso de estas primeras partes de la obra donde hay tres momentos decisivos para la transformación, en la manera de actuar, que inciden y afectan el universo completo de la narración.

El primer momento aparece cuando Huberto le cobra una cantidad de dinero que Donato le debía entregar. En cifras son cien pesos, que el tribunal había establecido que se le pagaran al joven. Además, los necesitaba para su futuro matrimonio con Solina. Ante el cobro, el mercader embebido por una profunda avaricia no quería pagarlos, pero como no tenía otra salida, tuvo que devolverle el dinero al joven. Por esto, Huberto se convirtió en su principal enemigo. Él fue su víctima más codiciada; intentó asesinarlo en dos oportunidades. Como fracasó, lo acusó de manera injusta de ser un conspirador contra el Gobierno de turno.

El segundo momento aparece cuando Alejandro, su propio sobrino, desesperado por recibir el dinero que sus padres le habían dejado en poder del mercader, le pidió su parte y Donato se la negó; ni por las buenas y ni por las malas, accedió a entregársela. Entonces, Alejandro decidió entrar de noche, amarrando al mercader en su propia cama, y abriendo la caja fuerte de su tío, logró recuperar la parte del dinero que le correspondía. Éste, en su ensimismamiento, no distinguía entre su familia y los demás individuos de la sociedad, por tanto, lo declaró de manera rotunda: su enemigo. En su forma de actuar, este mercader nunca tuvo un



acto de compasión hacia ninguno de sus familiares, es más con sus propios hijos tampoco estableció ninguna relación o vínculo.

El tercer momento aparece cuando Marciana, su amada, se negó al matrimonio, no quería casarse con él. Sin embargo, ella le exigió ayuda para conseguir que Aurelio se convirtiera en su anhelado marido. Donato se sorprendió y recrudeció su rencor porque ya se había vengado de Don Cato, otro mercader, que también le había pedido la mano a Marciana. Para vengarse de Cato y sacarlo definitivamente de escena, le había vendido una propiedad, *El Chircal*, para que viviera fuera de la ciudad; lo engañó diciéndole que el lugar era un chircal muy bueno y pronto podría llegar a ser una prominente ladrillera. Pero el terreno era todo lo contrario; todo era para que el hombre perdiera todo su dinero, se quedara en la ruina, y no pudiera casarse con Marciana. El último pedido de esa mujer, para que la ayudara con otro pretendiente desencadenó una crisis en él, que le hizo perder la escasa razón que le quedaba.

En estas transformaciones, Don Donato adolece de una verdadera capacidad para reflexionar sobre sus acciones y se apodera de él, la pasión sentimental. Entre pasiones dominantes, la soberbia y la avaricia desencadenaron su lujuria. Precisamente, ensordecido por su afán de predominio social intentó imponer sus planes para apoderarse de la ciudad, de las propiedades más importantes de sus víctimas y mantener a sus enemigos en la más grande miseria. Su injusticia se justificó en el poder del sometimiento económico ante su malintencionada voluntad.

#### **4.2 El dinero como medio de poder**

El poder, según la teoría de Michel Foucault, se ejerce en acto: se impone. El mercader tenía una posición social que alcanzó por medio del abuso, de su manipulación en los negocios, a través de engaños. En sus negocios siempre terminaba pidiendo la firma de papeles que respaldan sus falsas promesas. En este sentido, podía denunciar ante la justicia a todas sus víctimas con el recibo de la deuda. La ejecución de esos actos sin castigo alguno, lo llevaron a entender que en la sociedad el dinero podría convertirse en una institución, en un órgano de control. En ese sentido, el poder ejercido bajo el miedo se convirtió en una postura ideológica, que buscaba un nuevo orden ante la sociedad por medio de un manejo arbitrario del dinero.

El mercader perseguía con sus planes reunir la mayor cantidad de dinero. Esto se percibe en los negocios que hizo en su tienda de telas con diferentes personajes. Al final de la negociación, siempre lograba que quedara por escrito una cifra mayor de la que había convenido en la transacción sacando una ventaja de usura y degradando la posición de sus clientes.

En algunas ocasiones, incluso, falsificó la firma de sus víctimas para tener, en sus papeles, pruebas contundentes ante la justicia. En una oportunidad había conseguido que la sirvienta de Doña María se robara las escrituras de la casa para falsificarlas, de esa manera puso las escrituras como pago de una deuda de seis mil pesos, que nunca había existido, entre el Padre Anselmo y el mercader. Esos planes hicieron parte de sus malintencionadas acciones para arruinar a las familias de sus enemigos, presionando la desigualdad e imponiéndose como juez de las cuestiones económicas.

El mercader, en las dos primeras partes de la novela, estableció un sistema económico a cuestras de algunas viudas, de extranjeros y de otros mercaderes que necesitando dinero le pedían un préstamo. El suspenso en la narración comienza cuando las acciones del mercader no tienen un control evidente. Al parecer, impone su castigo a las víctimas sin pensar que se podrían

desentrañar sus trampas; lo cual lo haría quedar no solo en ridículo, sino que posiblemente lo podrían llevar a la cárcel.

En el mercader aparece el poder de una forma manipuladora, engañosa y cruel. En ese sentido, se siente con la autoridad para adueñarse del dinero ajeno y de esa forma manejar el entorno social. Por tanto, en su ideal de ejercer ese tipo de poder se hace necesaria la represión física y social en contra de sus enemigos. Para él la peor condena que podría sufrir un individuo en la sociedad era quedar en la miseria, arruinarse, y vivir en la calle. Sin embargo, a sus enemigos más acérrimos intentó asesinarlos, para apropiarse de sus bienes materiales. Huberto, Alejandro y, algunas mujeres, padecieron sus arbitrariedades de y casi quedaron en la miseria, por sus actos calculados.

En la obra se reafirma una idea, que demuestra el ejercicio del poder que cometió el mercader: “el dinero compra lo que la justicia calla”. Bajo esa premisa, la sociedad se controla por medio de la riqueza. El mercader obtiene lo que quiere comprando a los jueces, a los testigos, al Alcalde de la ciudad y a quien necesite, para que sus planes se impongan, recibe constantemente a cambio un pago en dinero.

No obstante, sus acciones empiezan a perder su rumbo verdadero y se percibe la necesidad social por establecer un nuevo orden. Se necesita un cambio en la sociedad, que exige una postura radicalmente opuesta para organizar una configuración distinta, en donde prevalezca un elemento indispensable: la libertad como medio necesario para el desarrollo equitativo de los individuos.

Este concepto de libertad se plantea en la obra cuando Donato comparte con sus amigos mercaderes en casa de Doña Teresa, mientras juegan cartas, y cada uno de ellos se refiere a la política y gobierno del dictador, haciendo énfasis en la conceptualización de la libertad desde la

perspectiva de la política, de la sociedad y de la economía. Ante estas posturas, Donato prefiere imponer sus propios intereses y no duda en guardar silencio cuando no puede defender con ideas sus pasiones. Más allá de la discusión sobre el ejercicio político de Bolívar, el tema central es la libertad; concepto que este mercader que vende telas en su negocio, no parece comprender con profundidad.

Si bien, en dos partes de la obra Donato se mueve siguiendo únicamente lo que le dictaminan sus pasiones, no logra vencer a sus enemigos. En sus planes constantemente aparece la frustración sin que él entienda las razones. En la oscuridad de su ilusión no consigue analizar con certeza por qué fracasan sus intenciones, todo sale al revés, todo siempre sale mal. Desde esa perspectiva, el poder pierde su vigencia y hace que él se equivoque en su forma de proceder.

### **4.3 El castigo impuesto por el mercader a sus enemigos**

Ante los hechos de injusticia de Donato, comienza a aparecer el castigo como un medio para imponer el terror en la sociedad. Ante el fracaso viene la represión. Estas formas establecidas para dominar con actos punitivos son: la cárcel y los tribunales. El maltrato y el abuso se hacen evidentes para intentar controlar la supremacía en la sociedad, a través de la compra de distintas instancias judiciales.

En su afán de enriquecerse el mercader se opone a la sociedad, considera que la justicia debe impartirla el tribunal, la fuerza de la policía y el encarcelamiento. Estos medios son los más adecuados para oprimir y presionar a los individuos con el fin de alcanzar sus despotas propósitos.

Para este personaje el poder se ejerce por medio de las acciones y las manipulaciones, pero el castigo es fundamental para mantener su posición y de esta forma asegurarse que nunca pierda su vigencia y rigor. Después de haber definido a sus enemigos, planea sus malévolas intenciones.

Una sentencia que se percibe a lo largo de la obra, analizando las acciones del mercader: él no se impone físicamente, por el contrario, en su afán por dominar, busca manipular y consigue que sean otros los que ejecuten sus planes. Él se convierte en el autor intelectual de sus atrocidades, se había confabulado con sus cómplices, pero nunca cometió materialmente los delitos.

Por tanto, compró la voluntad de dos personajes Jeroncio y Santiago, por medio de un pago, para que intentaran acabar con uno de sus enemigos, bajo la condición de no hablar sobre el crimen y de la promesa que no serían judicializados, incluso, buscaron la oportunidad más adecuada para matarlo a los golpes. En la oscuridad de la noche, atacaron al joven, tomándolo por sorpresa, en diferentes escenarios de la ciudad, habían elaborado en sus planes estrategias para que nadie se enterara del crimen. Pero, de nuevo, todo salió mal. Nunca consiguieron su cometido y, en las dos oportunidades, sus intentos de asesinato, de maldad, terminaron en los golpes que recibieron y en la amargura de la frustración. Sin embargo, no pudieron reconocer nunca que había sido el siervo inteligente, quien se interpuso para salvar a Huberto, mientras tanto, para ellos, había sido una sombra la que se interponía, sin permitir la posibilidad de cometer sus injusticias.

Ante estos hechos, el mercader, intentó nuevamente arremeter contra sus enemigos, sus planes y el castigo, cada vez, aumentaban sus deseos de venganza, convirtiéndose en algo peor, siempre tenía un plan, aún más cruel, que el inicial. Por tanto, el mercader, -ya sabía de la

Conspiración septembrina-, aprovechó la noche del 25 de septiembre de 1828, elaborando un plan para que Huberto estuviera en la calle, le envió un mensaje falso sobre la enfermedad de Solina a través Lea, la sirvienta. El joven salió a la calle en busca de su amada; pero, sus asesinos lo esperaban en la esquina oscura del Palacio de San Carlos para forcejear con él y denunciarlo ante la policía porque, supuestamente, portaba un arma. Los agresores, que habían intentado asesinarlo, terminaron como testigos en su contra. Donato les pagó para que en el juicio, donde Huberto había sido acusado como Conspirador, declararan en su contra y las pruebas fueran contundentes para el Tribunal. Ante estos acontecimientos, Huberto fue declarado culpable y, efectivamente, Donato logró manipular a la justicia para que condenaran falsamente al joven, donde lo declararon reo de presidio al recibir una condena en las Bóvedas de Bocachica, en Cartagena. El juicio y los testigos favorecieron, desde todos los puntos de vista, para que se realizaran los planes ideados por el deseo de venganza del mercader.

Sus planes atestiguan que, por medio de la imposición de sus arbitrariedades, intentó ejercer un control social inestable y deficiente, por tanto, comenzó a perder su función social ante la inteligencia de su principal enemigo. Nadie soportó el grado de mentira e hipocresía y sus intenciones modificaron el escenario social de la representación.

Estos acontecimientos sobre la Conspiración fueron recurrentes en la obra. Sin embargo, la doble moral del mercader se comprende cuando un verdadero Conjurado, activista de la rebelión en oposición al dictador Bolívar, visitó al mercader y le propuso que participara en la revolución. El hombre le prometió la administración de los bienes y del dinero que utilizarían en el funcionamiento de la Nación, cuando aniquilaran al dictador y la revolución triunfara. Este hecho lo hizo cómplice y conspirador, ante lo cual, quien merecía pagar por sus actos de verdadero conspirador era el mercader y eso no podría quedar impune.

Desde luego que el castigo sobre sus enemigos se vuelve cada vez más cruel. Otro acontecimiento que demuestra el afán de venganza en el mercader tiene relación con un familiar. Alejandro, su sobrino, había tomado de la caja fuerte del mercader su dinero en cambio el mercader intentó vengarse, pero la fuerza de la respuesta fue desmedida. El mercader planeó acabar con la mujer de su sobrino que, sin saberlo, terminaría siendo su propia hija. Donato sabía que Alejandro tenía a Marta como mujer y que hacía poco tiempo habían tenido su primer hijo. Pues, ante este hecho, el mercader a través de Santiago, denunció a Marta por infidelidad diciendo que era Alejandro quien había hecho la denuncia. La máxima autoridad en la cárcel, *del Divorcio*, la encerró por unos días en el patio con todas las reclusas. Luego de unos días en ese lugar, ella salió de la prisión ennegrecida por la pasión de los celos, y decidió vengarse por la denuncia de su esposo – desde todo punto de vista, falsa e injusta–, asesinando a su propio hijo, lo lanzó contra la pared de su habitación y el niño murió en ese preciso instante. La maldad no tenía límites y cada acción escondía una crueldad aún mayor. El siervo inteligente del mercader, había intentado proteger a Alejandro pidiéndole a través de una nota anónima que huyera de la ciudad para proteger su vida.

Donato iba perdiendo la razón. Sus pasiones no le permitieron pensar en sus actos. Incluso, su propia hija no logró escapar de sus desenfrenos. A lo largo de la obra, las acciones perpetradas por el mercader comenzarían a tener peores consecuencias entre quienes, sin merecerlo, las padecieron en carne propia.

Las cinco de la tarde eran cuando las puertas del Divorcio se abrían para que Marta saliese. Una hora después, y con su hijo en el regazo, sentada la encontramos en el tabuco junto a la mesita en que al lado de una vela que arde macilenta, hay un cuchillo afilado y puntiagudo. Marta al recibir a su hijo, no pudo menos que corresponder a las inocentes caricias que le hacía, y entonces ella empezó a luchar con un tropel de pensamientos que así de terribles y

ardientes como un incendio, la invadían (Vergara, 1848, Parte II, Capítulo XLIII, 244).

En ese sentido, los castigos pesaron aún más sobre la injusticia de Donato. En la cárcel *el Divorcio* encerraron a la hija del mercader, y dentro de ese recinto ella enloqueció, mientras que Luisa, quien también fue encerrada, recibió una propuesta indecente y lujuriosa como pretexto para salir de la prisión. El mercader encantado por la belleza de la joven le había pedido que fuera su mujer, que viviera encerrada en su casa sólo para darle placer. Esto lo hizo Donato aprovechándose del dolor de la joven porque su madre estaba muriendo y sus hermanas aguantaban hambre. En este caso, intentó abusar de la joven para satisfacer su lujuria.

Sin embargo, Marta padeció la injusticia hasta perder su capacidad racional. Ella se quedó hablando sola para siempre y gritando desesperadamente al oír el llanto de su hijo recién nacido, en la entrada del hospital de la ciudad, en el San Juan de Dios.

Sin duda, el mercader también se enfrentó a su castigo ante la debilidad de su pasión por Marciana; él pensó que ella aceptaría el matrimonio. Pero, en su intento por casarse con una prostituta, padeció ante de morir la infamia del egoísmo. Como su último deseo en vida intentó una petición; sin embargo, nuevamente terminaría en frustración su anhelo. La soberbia se apoderó de su voluntad y terminó en la desdicha.

Marciana, su amada nunca lo había aceptado como marido. Ella misma le había dicho que un hombre que frecuentaba a las hijas de Eva no era un verdadero esposo. El mercader solo, después de haber ejecutado todos sus planes, terminó de la peor manera, esperando el último aliento de vida

En su lecho de muerte recibió la noticia de la muerte de Marciana, asesinada por su legítimo esposo, Santiago. Este personaje al haber descubierto, descubre que su hija Lea había



sido envenenada en casa de Doña María, víctima de un plan infame de Doña Teresa, se enfrentó a su esposa Marciana; y cegado por sus pasiones, terminó asesinando a su esposa, ahorcándola. Ante el final de su amada, el mercader a punto de morir, delirando, expresó que deseaba verla en la eternidad.

Huberto, el enemigo más acérrimo de Donato, terminó encerrándolo y confrontándolo con la verdad para que sufriera la ira y el descontento que nunca había experimentado. Mientras que, por su parte Alejandro salió de la ciudad obedeciendo la nota anónima del siervo inteligente. Asimismo, Lea fue víctima de los planes del mercader y Doña Teresa. El castigo más cruel y vengativo recayó sobre Donato. En sus intentos de crueldad y los deseos de perversidad el mercader terminó sufriendo en justicia al enfrentarse ante la verdad de sus acciones, experimentando en vida las consecuencias de sus pasiones y sus abusos. La muerte no le dio espera y se lo llevó.

#### **4.4 Cultura: La influencia de Don Donato en la sociedad**

La sociedad tuvo en Donato una influencia que desencadenó una forma de conducta específica. El mercader influyó la sociedad para que actuara a su manera. Manipuló el entorno social para imponer sus planes. En ese sentido, la cultura impuso en la conducta diferentes formas de presión y de control. El mercader actuó a escondidas, en secreto planeaba sus fechorías, con ayuda de sus cómplices. El miedo en la sociedad estaba amparado en las formas de castigo que dictaminó mientras que las instituciones de justicia, como el tribunal y la alcaldía, sólo le sirvieron cuando había dinero en abundancia para suministrarles.

En el ambiente social, transformó la conducta de otros personajes en la obra. El mercader era el actor intelectual de los delitos; bajo presión ordenó a sus cómplices para que cometieran infamias y castigaran a sus enemigos. Ejerció una presión contundente para influenciar el comportamiento de mujeres como Marciana, Doña Teresa, Marta y Lea; además, había conseguido que Jeroncio, un zapatero, se convirtiera en el presunto asesino junto con Santiago, más conocido como *Sampatarás*.

Este mercader nunca protegió a sus cómplices. Estuvo en peligro en varias ocasiones, pero en ningún momento intercedió por sus ayudantes. Jeroncio, o *Maestro Perinola*, padeció la venganza de Lucas que ante la deuda que tenía con el zapatero, prefirió enfrentarlo y lo asesinó a los golpes. Santiago recibió su condena por haber asesinado a su esposa en su propia casa. En este sentido, la maldad del mercader se convirtió en un maleficio para sus cómplices y, cada uno de ellos, terminó pagando por los actos que había pensado y organizado el mercader. Su influencia en la sociedad abarcó toda la obra y solo hasta el final se logró comprender el alcance nefasto de todas sus acciones.

Quienes padecieron también de una forma cruel al mercader fueron algunas mujeres que se sometieron para salvar sus vidas. Por ejemplo, Doña Teresa, su amiga, con quien tuvo un hijo, Julito, hizo todo lo que él dijo: la manejó y consiguió de ella los favores que necesitaba.

El mercader utilizó a los demás miembros de la sociedad para exaltar su principio de vida: dinero y placer. Quienes trabajaron para él, solo recibieron venganzas y maltratos. En sus negocios sacaba ventajas desproporcionadas, mientras que, [a] algunas mujeres las utilizó para satisfacer su pasión lujuriosa. Donato en su interioridad atrajo hacia él a los demás para manipularlos; desempeñó una influencia social, coartó la libertad de pensamiento, de acción y de

participación en la política; y enmarcó todas las cualidades contrarias a las que un verdadero mercader debería poseer.

En los rasgos de las acciones que ejerció el mercader, según la teoría de Geertz, se destacan las acciones que influyeron en el destino social de los que se relacionaron de alguna manera con su actividad económica y social. En ese sentido, la crisis de la sociedad apareció cuando Donato pretendió imponer su castigo y su poder.

#### **4.5 La clase media**

En la perspectiva de Balibar y Wallerstein, el medio de producción era necesario para establecer relaciones sociales. No es el medio ni el ejercicio de un trabajo concreto sino la capacidad de tener dinero y acumular riqueza lo que se pretendió hacer. En ese orden, la posición social en el negocio de telas fue una forma de interiorizar el verdadero apasionamiento con el que vivió el mercader su relación con la sociedad.

El enfrentamiento social se presentó entre miembros de una misma clase social: los mercaderes. Estos personajes de la sociedad intentaron disputarse una posición social exaltada por la acumulación de riqueza. Donato atentó contra esa posibilidad de sobresalir en la sociedad perdiendo su posición ante su hipocresía y su avaricia. La maldad de sus planes aniquiló su capacidad para destacarse en el entorno.

En la calle de El Comercio estaba ubicada la tienda de telas del mercader. Don Benito y Don Proto eran los vecinos del negocio y sólo él tenía el negocio de telas. Según la narración, ese era uno de los negocios más prometedores de la época, tenía clientes extranjeros, entre ellos al

Señor Odolfo. Entre las posibilidades de crecimiento para negocio contaba con grandes oportunidades de crecimiento.

Todas sus actividades estuvieron supeditadas a la codicia de los bienes ajenos. En ese sentido, la pasión desenfrenada por las mujeres era una muestra de inmadurez y falta de razón, producto de su egoísmo y avaricia. Donato tuvo hijos con Doña Teresa y con Rufa, quien abandonó a su hija en el Hospicio de la ciudad. La doble moral del mercader se demuestra tanto en su imagen externa como en sus intenciones personales.

En ese sentido, confió en la autoridad, pero no esperaba que sus mentiras y engaños se develaran por medio de sus más cercanos colaboradores. Este mercader perdió el juicio, y la razón por sus pasiones, su inteligencia no alcanzó a entender que su forma de actuar estaba equivocada. La tensión en la sociedad entró en crisis al encontrarse de nuevo con Huberto, cuando había regresado después de haber sido enviado hacia las Bóvedas de Bocachica.

El mercader ayudó al padre Anselmo dándole una limosna, unas monedas que se había encontrado en su propia casa, pero esa donación era un dinero que ni siquiera recordaba cuando las había encontrado. Donato tenía un imperativo categórico: todo lo que yacía debajo de esas cuatro paredes le pertenecía. Por tanto, cuando descubrió unas monedas de oro, en la pared de la despensa, terminó entregándolas como ofrenda en la iglesia. Nunca dejó de pensar perversamente antes de cometer una acción con doble sentido. El beneficio propio estaba primero que la solidaridad.

Maldición para siempre! grito el jesuita al sumerjirse...i abrió los ojos el vagabundo la vista por la sala, i con voz mortecina y jadeante exclamó: en donde estoi! solo! abandonado! pobre!...I criminal!...Marciana! sí!...Maldición para siempre! repitió. I entonces su cuerpo se sacudió con una violencia espantosa: sus facciones se contrajeron despidiendo una espresion i un jesto horrorosos; arañó la estera, enclavijó los dedos, hizo otra contorcion, i se quedo

quieto; pero sus ojos fijos, empañados i vidriosos, i su tez macilenta i con un velo de polvo, indican que, entre un infierno de tormentos, el malvado jesuita acaba de espirar (Vergara, 1848, Parte III, Capítulo VIII, 72-73).

En síntesis, este personaje acrecentó la crisis en la sociedad estableciendo un orden social contrario a la justicia y a la libertad. Su forma de actuar recrudeció el ambiente influenciando a sus cómplices para que oprimieran a sus enemigos y se confabularan para intentar una autoridad perversa. Sin embargo, sus deseos nunca tuvieron éxito y la sociedad alcanzó a recuperar su dignidad. Este personaje murió en la tercera parte de la obra.

## CONCLUSIONES

En las páginas anteriores se ha demostrado que la obra de Eladio Vergara y Vergara, *El Mudo: secretos de Bogotá*, es una novela en la cual se manifiestan las pasiones del ser humano; el ímpetu por alcanzar dinero ante el desenfreno de la injusticia que invade a la sociedad representada se convierte en medio para realizar una crítica social ante una postura que atenta contra la libertad. Sus personajes padecen diferentes transformaciones, especialmente en sus rasgos constitutivos tanto de su comportamiento como de su pensamiento.

Los atributos narrativos no coinciden, necesariamente, con el orden cronológico de la narración. Simón y Donato, perteneciendo a una misma clase social, la de los mercaderes, polarizan la sociedad y su enfrentamiento se establece desde dos perspectivas; por una parte, la injusticia, a través del abuso y las infamias de Don Donato y por otra, la justicia por medio de la inteligencia y de la astucia de Simón.

Eladio Vergara y Vergara, a través de esta obra, se convirtió en un autor profundamente crítico ante el panorama social de la Nueva Granada. Como referentes teóricos: el poder, la cultura y la clase social esclarecen tres aspectos que estuvieron en crisis durante la configuración de la nación en 1848. Este hombre político, partidario de las ideas modernizadoras fue un autor de vanguardia para su época, promulgó en su obra la necesidad de un cambio social. Su ideal reformador puede establecerse bajo una perspectiva: la justicia es una herramienta indispensable para la configuración de una sociedad libre, culta y promotora de una identidad constitutiva, propia de una nación visionaria moderna y republicana.

Dentro de las transformaciones personales de los dos personajes que se analizaron se puede establecer la necesidad de enfrentar al injusto mercader con la verdad, por medio de la

inteligencia y el respeto. Simón adquiere un poder en el que se excluye por completo al mercader avaro, infame y manipulador. En medio de la polaridad social, se divide la sociedad en dos bandos. La influencia cultural de Donato que manipula y ejerce cambios en el comportamiento de sus cómplices; y la hegemonía que impone Simón, a través de su capacidad para esclarecer la verdad y proteger a sus familiares.

Los rasgos culturales de Simón se convierten en un modelo de comportamiento social. Inteligente, audaz, sereno y con un profundo convencimiento de la necesidad de la verdad en la configuración de la sociedad. Es un hombre formado en Europa, conocedor de los vejámenes cometidos por los impostores como el mercader. Por eso, acrecienta con sus acciones, su afán de reprensión contra el mercader.

En ese sentido, Simón conociendo a fondo la forma de producción de los mercaderes se desenvuelve perfectamente entre los balances, los clientes y la contabilidad de la economía de estos mercaderes. Su astucia e inteligencia para manejar los recibos, las facturas, y conocer los movimientos del mercader consolidan su eficacia para restablecer el orden en la sociedad.

Para el año de la publicación de la obra, los mercaderes tienen una importancia social trascendental en el destino de la nación. Son el poder económico más fuerte que tiene la Nueva Granada. Su participación social está concentrada en la conceptualización de la libertad, la que se anheló con la Independencia, pero no se alcanzó durante el periodo del dictador, de Bolívar. Para 1848 transcurre el último momento del periodo presidencial de Tomas Cipriano de Mosquera y se preparaban las elecciones con grandes cambios políticos, del corte liberal por supuesto para el siguiente año. El general José Hilario López con su pensamiento modernizador imbuido en las ideas liberales alcanzó el poder, en medio de un ambiente propicio para exaltar los ideales de cambio y libertad, saliendo elegido como presidente de la Nueva Granada en 1849.

Una posible explicación del título de la obra, *El Mudo: secretos de Bogotá* puede ser la evidencia de la vida de un hombre que, por sus propios medios, protegió a la sociedad de Santafé de Bogotá, y lo hizo en secreto, sin que nadie se diera cuenta, con la justificación de corregir uno de los estandartes de la sociedad en el siglo XIX: la injusticia. Sin embargo, no se opone a esta posible explicación sobre el título de la obra el planteamiento donde se afirma que los secretos de los mercaderes de la época no habían sido narrados con tanta precisión y, desde luego, existe una influencia de la literatura francesa de la época, en donde se intentaron emular los modelos de obras como *Los Misterios de París* de Eugene Sue (Rodríguez-Arenas, 2011: 267).

Estos elementos permiten identificar la posición crítica que se impuso a través del personaje central de la obra Eladio Vergara y Vergara en *El Mudo: secretos de Bogotá*. La transformación correcta de un mercader, en este caso Simón, que defiende los ideales de una sociedad en donde antes que pretender buscar la exaltación de la libertad, el orden y la prosperidad económica, debe existir una verdadera justicia, tendiendo como base la honradez y el respeto por el entorno familiar y social.

Además en su formación, sólo hasta el final de la obra, se entiende la capacidad de conocimiento de la sociedad que tuvo Simón. Las relaciones de poder estaban marcadas por la avaricia, el dinero, y las pasiones sociales. La sociedad que Eladio Vergara y Vergara narró exaltó un posicionamiento social en medio de una idea imperante jerarquizada del control social.

En la descripción de la obra sobre la época que se vivió entre 1827 y 1830, los elementos historiográficos coinciden con las publicaciones de viajes sobre la capital Santafé de Bogotá. Las clases sociales, la configuración de la ciudad, las tradiciones culturales y económicas están inmersas en la misma realidad. Un acontecimiento importante dentro del obra es la Conspiración septembrina, desde la perspectiva de la justicia, los juicios impartidos por el Tribunal para



reprimir a los partidarios de la oposición contra el dictador, son una muestra del manejo y conocimiento que poseía Eladio Vergara y Vergara sobre la realidad histórica y, en esa perspectiva, la pertinencia de los juicios en su forma de ejecución permiten pensar bajo sospecha que los intereses en los partidarios del dictador se alejaron de buscar la justicia y esclarecer realmente la verdad de los acontecimientos. Por tanto, en este análisis se toma como referencia el hecho y se interpreta a la luz de la teoría y el concepto de injusticia social.

Otro acontecimiento histórico que incide a lo largo de la obra es la reiteración por parte del narrador de un atributo, Donato fue formado por los Jesuitas. En ese sentido, su formación en la Compañía de Jesús es la culpable del apasionamiento por el dinero, por el poder y por la desigualdad social. Las repercusiones de este atributo en el mercader pertenecen a la postura firme que tenía Eladio Vergara y Vergara por los desmanes educativos que cometieron los jesuitas en su regreso de 1844 a la Nueva Granada. De nuevo, tuvieron que salir expulsados el 16 de mayo de 1850. “El rechazo que se le tenía a los miembros de la Compañía de Jesús se expresa en este anuncio: *“Parece que tendremos pronto a los jesuitas entre nosotros; esos varones santos que han de remediar todos nuestros males, llenándonos de plata, que es a lo que se ha reducido el bienestar en esta tierra...”* (Anónimo. *El Samario* (Santa Marta) (9 de febrero de 1844) en Rodríguez-Arenas, 2011: 172).

La clase media que en la síntesis del análisis destacó a los mercaderes dentro de ese grupo social, los cuales se destacan dentro de la sociedad, se convierten en un medio de cuestionamiento social al sistema económico, no sólo desde el punto de vista de su productividad, sino también reafirmando que son los mercaderes quienes hacen parte esencial de la clase media, por su influencia en las ganancias económicas dentro de la dinámica cultural.

De acuerdo con la teoría literaria del personaje, los atributos, las descripciones y acciones de cada uno de los personajes, a lo largo de la obra, se convierten en pruebas de la calidad narrativa que tenía el estilo de Eladio Vergara y Vergara. Las coincidencias con la literatura francesa de mediados de siglo XIX hacen parte de la influencia narrativa que Vergara intentó emular con la crítica social y la estructura narrativa de esta novela.

La construcción de cada una de las partes y del epílogo de la obra que Eladio Vergara y Vergara redactó, dan cuenta de un autor con una capacidad literaria innegable. Su escritura produjo una obra de grandes dimensiones, su agudeza en la representación de la condición humana en cada uno de sus personajes demuestra su profundo sentido social y humano. Esta obra envuelve en su dinamismo al lector que atento espera una resolución ante la injusticia social que se padece. La teoría literaria actual permitió hacer este análisis, profundizando en los estudios literarios de finales del siglo XIX, dentro de los que se utilizan teorías filosóficas y antropológicas para identificar el alcance de estas investigaciones sociales.

El conocimiento del pensamiento del hombre de clases sociales bajas, de las que se había mencionado muy poco en las obras literarias, es un aliciente en la crítica social ante el panorama política coyuntural de la época en la que se publicó la obra. El liberalismo republicano de mediados de siglo XIX destacó las reformas sociales y culturales que pretendía modernizar la nación. Los cambios en la educación, en la administración y las relaciones sociales son elementos esenciales que permiten ubicar esta obra dentro de la literatura neogranadina de vanguardia y de reforma social.

En el ámbito de las clases sociales, Simón desmiente al mercader opresor e infame y ante la sociedad devuelve a las víctimas sus pertenencias, razón por la cual, se hace justicia. En el ambiente de la sociedad, al final de la novela, Simón recupera el respeto y la autoridad que

anhela al desenmascarar la corrupta sociedad establecida desde antes de la Independencia por las ideas pro monárquicas y fanáticas de la corona.

Sin duda, se abre un panorama ante las realidades sociales expuestas dentro de la obra. La esclavitud, la dinámica social del mercader en comparación con el prestigio social, la influencia de la Corona española en la perspectiva de la monarquía Borbónica, la modernización de la ciudad, son los rasgos fundamentales para deslumbrar las posibilidades que podrían esclarecerse en estudios literarios de interpretación cultural sobre este autor.

El análisis de esta obra con la teoría sociológica y filosófica busca contribuir a los estudios de la narrativa de mediados de siglo XIX, en una perspectiva de crítica social ante la realidad representada. Esta obra, *El Mudo: secretos de Bogotá* (1848), no es una novela histórica porque aunque posee referentes históricos concretos mencionando aspectos y acontecimientos verídicos que sucedieron realmente en su temática central las relaciones de sus personajes se universalizan convirtiendo la obra en una novela social de sentido crítico ante el desenfreno de las pasiones humanas: el dinero, las mujeres y la justicia en la ciudad. Además, esta obra no pretendió explicar el pasado, en la medida en que tiene elementos de una narrativa, en donde se retrató la realidad de las clases sociales, sus tradiciones y pasiones construyen personajes universales para hacer un cuestionamiento fuerte ante la injusticia y la perversa educación en una coyuntura política tensa, liberal y modernizadora.

La interpretación de esta obra alcanza para encontrar como uno de los hallazgos fundamentales: en medio del poder económico impuesto con injusticias y arbitrariedades, sometiendo a los sujetos, se desvanece y pierde su fuerza ante la inteligencia, la astucia y la educación de un mercader, quien con su honradez exaltó la dignidad humana de la sociedad y restableció un nuevo orden en la sociedad capitalina. La justificación de la perversidad individual

y egoísta del mercader no produce el efecto deseado. Su maldad escondía ignorancia. Esa forma de actuar debería impedirse, no se podían seguir reproduciendo individuos de ese calibre en la sociedad. El pensamiento de este autor es una manifestación de la condición humana de un hombre inteligente, perspicaz y agudo para escribir una obra de esta envergadura. En donde se hace énfasis en las reformas educativas y sociales que necesitaba la sociedad de la época.

Sin embargo, dentro de la investigación quedaron aspectos sobre los cuales se podrían analizar con respecto al poder, la cultura y la clase social. En ese sentido, aunque se mencionaron algunos personajes femeninos las acciones de las mujeres en la obra se convierten en un tema para profundizar desde la perspectiva del poder. En cuanto, a la relación cultural entre artesanos y mercaderes también existen elementos como la ubicación espacial dentro de la ciudad a partir de los lugares que frecuentaban respecto a la clase social a la que se pertenecía, demostrando la coyuntura traumática del padecimiento de la clase. Sin duda, el aspecto cultural en cuanto a las costumbres y los comportamientos permite introducir en el ambiente social una posibilidad para interpretar las consecuencias de la sociedad jerarquizada y educada bajo un predominio de las ideas preestablecidas. Estos aspectos se dejaron de lado por la extensión y la configuración del análisis.

No obstante, en la obra de Eladio Vergara y Vergara las situaciones narradas representan las condiciones de vida de la cotidianidad social, como una posible forma de crítica ante la realidad. La codicia que se refleja en las arbitrariedades del mercader; las mentiras y las injusticias para acrecentar su patrimonio producto de sus estafas; además, de su postura ideológica en favor de ser un partidario de la monarquía, son elementos que hacen parte de la coyuntura política con la que se enfrentó Eladio Vergara y Vergara.

La literatura de mediados de siglo XIX consolidó las ideas de un estilo de pensamiento liberal, republicano y de vanguardia. Esta obra se convierte en una muestra fehaciente del esplendor de la crítica social que hubo en la Nueva Granada y que no debería pasar desapercibida en las investigaciones sociales actuales. Este tipo de novelas tienen un valor incalculable para la comprensión de la cultura y de las dinámicas de la sociedad que se vivieron en Santafé de Bogotá.

## LISTA DE REFERENCIAS

- Arteaga, M. y Arteaga, J. (1999). *Historia política de Colombia*. Bogotá: Editorial Planeta.
- Alonso, F. S. (1998). Teoría del personaje narrativo (Aplicación a *El amor en los tiempos del cólera*). *Didáctica. Lengua y Literatura*, 10, 79.
- Balibar, E, y Wallerstein, I. (1988). *Raza, Nación y Clase*. Madrid: IEPALA.
- Bolívar, S. Bogotá. (30 de marzo de 1828) “Decreto del Poder ejecutivo dado en Bogotá el 20 de febrero de 1828”. En: *Gaceta de Colombia* n. 337 pp. 1-4.
- Bushnell, D. (2007). *Simón Bolívar proyecto de América*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- \_\_\_\_\_ (1999) *Colombia una nación a pesar de sí misma*. Bogotá. Editorial Planeta.
- Chatman, S. (1978). *Story and Discourse: Structure narrative in fiction*. New York. Cornell University Press.
- Díaz, D, F. (1979). Estado, iglesia y desamortización. En: Jaramillo Uribe, J. *Manual de historia de Colombia*. Bogotá: Instituto colombiano de Cultura, pp. 413-46
- Foucault, M. (2009). *Vigilar y Castigar*. 2ª Edición. México: Siglo XXI Editores.
- \_\_\_\_\_ (2000). *Defender la Sociedad: Curso en el College de France (1975-1976)*. Buenos Aires, Argentina. Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_ (1988). El sujeto y el poder. *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 50, No. 3 Universidad Nacional Autónoma de México, Jul. - Sep., pp. 3-20.
- Geertz, C. (2003). *La interpretación de las Culturas*. Nueva York, Estados Unidos. Gesida.
- Hamon, P. (1976). Pour un statut sémiologique du personnage. Segunda versión, aparecida en Roland Barthes et al., *Poétique du récit* (Paris: Editions du Seuil, 1977), pp.115-180.
- Herrán Baquero, (1996). La virreina en la cárcel: Maria Francisca Villanova. En *Revista Credencial* número 73. Bogotá.

- Horta, J. (2009). *Crónicas de la Independencia: Verdad y mito de los Libertadores Bolívar, Santander, Páez Nariño, Manuela Sáenz, Córdova, Padilla y Sucre, entre otros*. Bogotá: Editorial Ibáñez.
- Jaramillo Uribe, J. (1995). Etapas y sentido de la historia de Colombia. En Melo, J.O. (1995) *Colombia Hoy: perspectivas para el siglo XXI*. 15ª. Edición. Bogotá: TM Editores pp. 25-56.
- Marín Colorado, P, A. (Junio 2003). La utopía de la nación ilustrada en la novela El mudo. Secretos de Bogotá, por un bogotano (1848) de Eladio Vergara y Vergara. *Revista Anclajes*. Universidad de Antioquia. Medellín, pp. 39-54.
- Mejía, G. y Perdomo M, I. (1990). *Causas y memorias de los conjurados del 25 de septiembre de 1828*. Bogotá. Fundación Francisco de Paula Santander. Biblioteca de la Presidencia de la República
- Mollien. G, T. (1944). *El viaje a la República de Colombia en 1823*. Bogotá. Biblioteca popular de cultura colombiana.
- Naves, M. D. C. B. (1986). Retórica del personaje novelesco. *Castilla: Estudios de literatura*, (11), 37-56.
- \_\_\_\_\_ (1993). *Teoría general de la novela: semiología de " La Regenta"*. Editorial Gredos.
- Pineda Botero A. (1999). *La fábula y el desastre: estudios críticos sobre la novela colombiana, 1650-1931*. Medellín. Fondo editorial Universidad EAFIT, pp. 113-121.
- Posada, J. D. (2009). *El sistema penitenciario. Estudios sobre normas y derechos relacionados con la privación de la libertad*. Medellín: COMLIBROS.
- Restrepo, J. M. (1963). *Historia de la Nueva Granada*. Tomo II, 1845-1854. Bogotá:
- Rodríguez-Arenas, F, M. (2011). *Eugenio Díaz Castro: Realismo y Socialismo en Manuela. Novela Bogotana*. Florida. Stockcero.
- \_\_\_\_\_ (2006). La novela folletinesca en los albores de la ficción colombiana en el siglo XIX: El mudo de Eladio Vergara y Vergara (1848). *Inti*. pp. 259-273.

Tirado Mejía, A. (1979). El Estado y la política en el silo XIX. En Jaramillo Uribe, J. *Manual de historia de Colombia*. Bogotá: Instituto colombiano de Cultura, pp. 327-383.

Vergara, E. (1848). *El Mudo: secretos de Bogotá*. Bogotá: Imprenta de J.A Cualla.

Vergara, J. C. (1952). Eladio Vergara y Vergara. Capítulo XI. En *Don Antonio de Vergara Azcárate y sus descendientes. Tomo II*. Madrid: Imprenta J. Pueyo. pp. 129-150